

# Aquilataciones

## La leyenda benaventina

NEMESIO CANALES

“La ciudad alegre y confiada”

**D**OY un salto mayúsculo ahora, y paso a las últimas, a las ultra-modernas piezas del largo repertorio. Veamos lo que nos dice el gran autor en sus «La ciudad alegre y confiada» y «La Inmaculada de los Dolores» (1), compuestas las dos después de 1915.

Ya había pasado la sensación de enorme estupor, la emoción única que produjo la guerra mundial. ¿No es verdad que nunca como ahora se justifica que uno sienta irrefrenable curiosidad de penetrar en el espíritu del «resplandeciente» autor y percibir sus vibraciones íntimas en hora tan patética? ¿Quién no ha de hacer cualquier sacrificio por enterarse de lo que le inspira al maestro no precisamente la guerra misma, sino el drama total de la vida civilizada en los momentos en que tiene lugar la inmensa tragedia?

A ver, a ver... Con mano trémula abrimos el folleto, nos detenemos un instante ante las dos líneas en que se anuncia que la obra fué “estrenada en el Teatro Lara el 18 de Mayo de 1916, en el beneficio del primer actor y director don Emilio Thuillier” y nos zambullimos en el prólogo.

¡Oh, los prólogos benaventianos! Otros autores que publican prólogos de obras dramáticas lo hacen con el plausible fin de amplificar, de explicar, de aclarar el contenido ideológico de tales obras, en las que las limitaciones del teatro les han obligado a sintetizar demasiado sus ideas.—Lo que quise decir en tal o cual frase o actitud de tal o cual personaje, fué esto; el problema humano que quise plantear en tal pasaje, o que me ins-

piró la escena tal o cual, es éste... etc.—; dice el autor que prologuiza su propia obra. Porque si no dice eso ¿a qué viene su prólogo? ¿a qué detener al lector en el pórtico mismo si no es para explicarle algo y en general aguzarle las entendederas? Una de dos, señor autor: o hace usted en su prólogo obra de propaganda o de auto-exégesis, o se va usted al diablo con su prólogo y nos deja pasar cuanto antes, sin más preámbulos, a ver sus muñecos. Esto último es lo que habría que decirle al señor Benavente, quien tiene la desdichada manía de hacer prólogos sólo porque parece que oyó que estaban de moda, pero que jamás le añaden ni le quitan nada a la obra principal.

¡Qué cosa más sandia esos almidonados—con el más repulsivo almidón retórico—prologuitos del «inefable» don Jacinto! Nada serio, concienzudo, encaminado a iluminar, a ilustrar, a exponer, a defender o impugnar este o aquel punto de vista. Nada que huelga a opinión, a idea. Solamente palabras. Palabritas, frasecitas, parrafitos en que cascabelea y piruetea a su sabor el ingenio mariposa del curialesco autor. Quizás haya todavía entre nosotros quienes tomen en serio estas piruetas literarias, pero no es posible que haya nadie que se atreva, en serio, a afirmar que son necesarias, o siquiera útiles, convenientes, para una justa interpretación de las «grandes concepciones» de nuestro autor.

¿Quieren ustedes una muestra? Pues aquí va un trocito que recorto al azar:

“Mas si el día es alegre y el raso azul del cielo se desgarran en resplandor de luz vibrante y es fiesta en el lugar, y las tierras en torno son como cañamazo que bordean los olivos de plata y los trigales de oro, de luciente esmeralda los viñedos, y humean los hogares y los hornos con sabro-

(10 La segunda de estas obras será objeto de un trabajo próximo a fin de no extender éste demasiado

so olor de coehura, y es todo señal de abundancia, henchidas las paneras, repletos los arcones de hogazas, y, bajo la campana, en las cocinas, en sarta los pernils y embudidos... Entonces, al llegar la carreta, acude la gente bulliciosa y todo es palmoteo y alborozo. La luz deslumbradora, anima los colores desvahlidos, enciende lentejuelas y taleos, y la pobre farándula se viste del esplendor triunfal del día; la polvareda misma que la envuelve a su paso, es el plumaje de una nube de oro en ascensión gloriosa, y los faranduleros, hijos vergonzantes de Apolo, pueden creerse en aquél punto transfigurados, como si la carreta desvenejada, fuera el mismo carro del Dios, que es Dios del Sol y de la Poesía, y, por serlo, es piadoso con todas las criaturas, y más si son sus hijos artistas y poetas, y son pobres y humildes.”

¿Qué le parece a usted, señor lector, de ese infernal chisporroteo literario? ¿Qué cronista cursi de ciudad provinciana ha visto usted que pueda rivalizar, en estrepitosa fealdad de estilo, con este nuestro invicto príncipe y señor de la dramaturgia española?

Pero dejemos el prólogo, y arriba el telón. ¿Qué vemos? ¿qué encontramos? Encontramos los mismos personajes de «Los intereses creados», pero ahora vienen a hablarnos de los problemas colectivos, de los intrínquilos de la vida ciudadana.

No olvidemos que el mismo autor nos ha dicho en su prólogo que “hoy la farándula no pretende vuestra risa, porque todo el mundo es teatro de tragedia y si el arte mismo no puede ser hoy serenidad si no quiere parecer inhumano, ¿cómo puede ser bufonada sin parecernos un insulto al dolor y a la muerte?” Muy bien. Veamos ahora, señor autor, qué aspecto de su ciudad, de su España, nos descubre usted y qué nos dice de ella.

El personaje máximo de la obra, aquel en que se nos manifiestan encarnadas las ideas del autor, es El Desterrado. Este es el profeta, el elegido, el agua-fiestas que blande el látigo de la crítica y pone espanto en el corazón de los malvados.

El Desterrado se llama así porque lo echó de su patria el gobierno de Crispín, aquel Crispín que hacía de criado listo en «Los intereses creados» y que a fuerza de intrigas ha llegado a escalar, con el sobrenombre de el Magnífico, el más alto puesto en el gobierno de la ciudad. Y aquel Leandro que figura en «Los intereses creados» como señor del criado Crispín, está hoy casado con la hija del señor Polichinela, que es un gran paniaguado de Crispín y se ha vuelto multimillona-

ric. Encontramos también a un tal Púbblo, tipo de demagogo intrigante y ambicioso que hace su agosto aprovechándose de la popularidad que ha logrado conquistarse halagando los instintos de la plebe.

¿Cuál es la tesis del drama? Ya lo he dicho: la patria, la comunidad. ¿Y qué nos dice, en fin, de esas grandes cosas el gran autor? Nos dice muchas cosas por boca del Desterrado, que es un torrente de elocuencia. Aquí viene al caso recordar que se ha criticado al autor por los largos y frecuentes discursos que pone en boca de Crispín y El Desterrado, objetándose que esa práctica de pronunciar discursos en escena es más propia de un mitin de propaganda que de un drama. En cuanto a esto, yo me apresuro a ponerme de parte del autor. Sinceramente creo que es idiota pretender, como pretenden casi todos los críticos teatrales de profesión, que un autor ponga todo su cuidado en no dejar que sus personajes rebasen jamás la medida de los parrafitos cortos en que se suele conversar en escena. Creo que en las tablas, como en la vida, se debe hablar cuanto sea necesario para comunicarse plenamente con el prójimo. Si puede uno despacharse con cuatro palabras, bien; pero si, por el asunto o por la índole del auditorio, se necesitan doscientas mil palabras, vengán las doscientas mil palabras, y vengán las cataratas del Niágara, si ello es preciso para exteriorizarse, lo mismo en la vida que en las tablas. ¿Estaría bonito que uno dejara de decir lo que tiene que decir sólo porque se ha estatuido como regla del arte dramático el no pasar de cierta medida. ¿Quién le ha dado a nadie derecho a interponer entre la curiosidad del público y la ideación o emoción del autor tales reglas? ¿Que se parezca entonces la escena a un mitin de propaganda? Bien, ¿y qué? Acaso un mitin de propaganda no es un elemento de vida, un aspecto de la realidad tan dramatizable, por lo menos, como un dúo de enamorados o una reunión de familia? Si hasta coneibo que se podría hacer un drama, y un drama interesantísimo, con sólo dos personajes en escena que no hicieran otra cosa que cambiar discursos.

La cuestión no es que haya muchos o pocos, largos o cortos discursos, sino que éstos sean buenos, que contengan algo merecedor de atención. Lo malo no es que El Desterrado reviente a cada paso con un discurso, sino que la materia, el fondo de sus discursos, sea tan perfectamente chabacano. Que hable El Desterrado todo cuanto quiera, pero que hable bien. Sólo que a este pobre Desterrado, como hijo de su padre que es, no se le ocurre ¡ay! nunca, ni por casualidad, nada que

no sea un lugar común tan vacío y tan despreciable como los que figuran todos los días en el pico de cotorra de un Maura o de un Romanones.

¿Queréis oír algo de lo que el señor Desterrado nos dice de la guerra? Pues aquí va:

“Por eso, cuando miras de cerca esta guerra de ahora, te apasionas, te exaltas, porque todo te dice odio, sangre, violencia, y te inclinas al uno o al otro lado, pones también odio y violencia de tu parte sin saber de qué lado están la razón y la justicia. Pero si lees, con la serenidad que sólo da el tiempo, en historias de guerras que pasaron, verás que en todas ellas, aun las que fueron humillación y vencimiento de tu patria, triunfó siempre lo que debe triunfar... la idea de Dios, que para triunfar en el mundo se vale siempre de los fuertes... y ten entendido, aunque por fuerza de brazos o armas se manifieste, que la verdadera fuerza es la espiritual, que sólo el espíritu es quien pone en las espadas luz de inteligencia, en las inteligencias temple de espadas.”

¿Han visto ustedes? A nuestro peregrino señor Benavente lo único que se le ocurre decir de la guerra—de las guerras—es que en ellas triunfa siempre lo que debe triunfar... ¡la idea de Dios! Para él esas bárbaras carnicerías humanas que organiza en grande escala la codicia y la estupidez de la casta gobernante de hoy... son algo providencial, sagrado, dispuesto por el mismo Dios. Dígame, pues, si hay diferencia alguna entre los que opinan de la guerra el «príncipe de los ingenios españoles» y lo que opina un jefe de tribu cualquiera del Africa.

Pero ¿cómo ve e interpreta los males de la patria el gran Desterrado, que es lo mismo que decir el gran Benavente? Pues todo el drama es una filípica tremebunda, no contra los que hacen daño a la patria, sino contra los que dicen mal de ella. Para él no hay crimen mayor que el no enunciar públicamente los defectos, los lunares de la patria; el no proclamarla siempre lo mejor de lo mejor. ¿Que ocurre algo en su seno que nos parece censurable? Pues acudir, muchachos, a tratar de remediarlo, pero ¡eso sí! calladitos la boca, no sea que el extranjero se entere y se ría con desdén o con lástima de nosotros.—A la patria, como a nuestra madre, hay que amarla y alabarla siempre con razón o sin ella, sólo porque es nuestra patria. He ahí en síntesis la idea del gran autor. Es el mismo concepto grosero, y grotesco, del patriotismo que ha inspirado a los asesinos y piratas internacionales de todos los tiempos, desde Atila y Tamerlán hasta el Duque

de Alba, Romero Robledo, el Archiduque Federico y la Santa Alianza de hoy.

Déjese ahora entregarme voluptuosamente al placer de transcribir algo más del colosal drama, para que el lector juzgue por sí mismo hasta qué cumbres de sublimidad llega la pétreo estupidez del Desterrado:

“...Mirad mi rostro enrojecido de vergüenza al escucharos maldecir de esta noble Ciudad, que es nuestra patria, al oír cómo no os importaría verla dominada por el extranjero, que vendría, como decís, a imponernos su cultura. ¡Desventurados! Si el extranjero cayera sobre nosotros, su cultura, sus libertades, sus sabias leyes, las guardaría para él, a nosotros nos trataría como se trata a los traidores, que, vencidos, sólo son dignos de ser esclavos. ¿Es eso lo que ambicionáis? A cuánto llega la soberbia, pecado de los ángeles rebeldes; a cuánto llega la envidia, pecado de las almas ruines... Porque eso sois, soberbios y envidiosos. Cuando vuestra conciencia os da la medida de vuestra insignificancia, bueno es culpar a los demás de nuestro fracaso. ¿Qué habíamos de hacer? En patria tan mezquina no vale la pena de hacer nada. ¿Quién iba a comprendernos? ¿Quién había de admitirnos? Si en vuestra vanidad creéis que habéis hecho algo grande y no sois bastante estimados, decís: ¡Lástima valer tanto en tierra que vale tan poco! Cuando veis estimados y aplaudidos a los que trabajan con fe, a los que luchan con entusiasmo, entonces es la envidia la que os muerde, y por empequeñecer a los que valen, no dudáis en empequeñecer a vuestra patria. Y cuando sois vosotros los que dais ocasión al extranjero para menospreciarnos, queréis medir vuestro valor por el valor que nos da el extranjero. ¿A quién visteis que para asegurarse de la virtud de su madre para encontrar razones de quererla pregunte a los extranjeros: ¿Qué pensáis de mi madre? ¿Qué estimación hacéis de sus virtudes? ¿Cómo he de respetarla? ¿Cómo debo quererla? Pues tan indigno es pedir al extranjero razones para amar a nuestra patria.”

¿No os decía yo en mis charlas anteriores que este nuestro don Jacinto, aunque se desvive tanto por embadurnarse de modernidad, no es en el fondo más que un filisteo de tomo y lomo? ¿Cómo no ha de ensalzarlo y adorarlo el burgués de habla (o rebuzno) española si él no ha dejado nunca de exaltar todos los valores burgueses?

¿Hay nada que esté hoy más en armonía con la filosofía, o gramática parda, burguesa que esa absurda idea de la patria, alabada,

reverenciada y amada siempre y por encima de todo? Al amparo de esa idea, de ese troglodítico concepto benaventiano de la patria, es precisamente que se medra bien, que se piratea bien, que se mantiene bien la vieja y santa práctica de salir a matar y a robar en la heredad del prójimo para abrirles los conchabidos mercaditos a las mercaderías del hacendoso burgués. Mientras haya tontos que crean que a la patria hay que defenderla con razón o sin ella... ¡claro!... el bueno y «desinteresado» burgués tendrá siempre robustos muchachos que se salgan a matar por él, por sus mercaditos, por sus dividenditos, y a la humanidad que la parta un rayo.

Realmente, el drama este es el punto culminante en la carrera de nuestro rutilante autor. Después de esta desenfadada orgía de imbecilidad, ya no es posible esperar nada mejor. Es la España del castillo de Morjuich, la España retrógrada y hermética de los Maura y los Cierva y los Bombita y los Reverte, la que perfila su sombría silueta en las páginas de este folleto. Y es a la España nueva, a la España inteligente y europeizada que están alumbrando los Unamuno, los Arquistain, los Marcelino Domingo, los Baroja, los Mactzu, etc., que dirige sus tiros el hueco e insufrible Desterrado. Se ve a las claras que Benavente no puede tragar la labor de crítica revolucionaria que vienen realizando heroicamente los que no se avienen con la España vieja y quieren renovarla a todo trance.

Para nuestro gran hombre el mal no está en la incultura, mugre y miseria de abajo y en la gordiflona oligarquía parasitaria de arriba, sino en que no haya, como en los buenos tiempos carniceros del Duque de Alba, heroísmo y previsión suficientes para tener los soldados y municiones y maquinarias de guerra que hacen falta. Estos «patriotas» son todos del mismo cuño. Con tal que haya un buen Ejército (esto es, un buen número de pazguatos que crean bonito y santo el dejar se matar por ensanchar los dominios y las rentas de la casta gobernante), y una buena Marina, y muchas bandas militares que toquen la marea de Cádiz, y un bosque de banderas que le den cierto tinte de ideal al bajo instinto carnicero de la bestia, ya está todo arreglado.

Hay en la obra un agitador, Publio. Pues bien, contra éste agitador, al que trata el autor de presentar como un logrero, como un vil demagogo disfrazado de apóstol (así han presentado siempre a los agitadores sociales los conservadores de todas partes), fulmina El Desterrado sus más ecléricas invectivas.

“¡Porque me veis aquí—habla El Desterrado—pensáis que ha sido mi abdicación!

¡Ya no hablo al pueblo, estoy en el palacio del Magnífico... Pero, ¿creéis que es mayor valentía gritar la verdad a los grandes desde la plaza pública, defendido por turbas hambrientas y amenazadoras, que venir indefenso y solo a sus mismos palacios a decirles la verdad frente a frente? Cuando yo no diga la verdad podéis decir que he dejado de ser el que era. Concitar el odio de los hambrientos, de los desesperados que padecen injusticia y miseria para que amenacen, exijan y destruyan, es más fácil que persuadir a los poderosos de la tierra, al amor que apacigua, edifica y concede...”

¿Pero os habéis fijado en la formulita que nos presenta don Jacinto para remediar las injusticias y males sociales? Según él, no se debe ir al pueblo mismo para despertarlo e inflamarlo, sino que lo correcto es subir a los palacios para convencer a los poderosos de que están en pecado mortal e inducirles a entrar en el «yo pecador».

¿Queréis ahora saber cómo piensa nuestro autor del amor a la humanidad que predicamos, como sucedáneo del amor a la patria, los que aspiramos a extirpar con éste el germen de las rivalidades nacionales y las guerras? Pues oid otra vez al Desterrado:

“... Pero ahora, dónde está el alma de la Ciudad?... En los que nos proveyeron de pocos barcos y pobres armamentos? En los que predicaron no sé que santo amor a la humanidad, que es amor a todo lo extraño y odio a todo lo nuestro como si nosotros no fuéramos también humanidad?”

Ya lo veis. Amor a todo lo extraño y odio a todo lo nuestro: eso es lo que le parece a nuestro hombre la actitud mental de los que luchan por destruir el concepto bárbaro de que todo lo que queda del lado de acá de la frontera es de calidad infinitamente superior a lo que queda del lado de allá. Así piensa todavía el burgués de todas partes. Pasaron siglos antes de que el hombre llegara a sentir su enlace con los demás hombres que con él forman el conjunto nacional que llamamos patria, concepto que es, claro está, un progreso grande sobre los instintos primitivos del individuo aislado, sin sentido alguno de solidaridad. Pero de la misma manera que se pasó del amor de la familia al amor de la tribu, y de éste al de la patria, se pasará del amor a la patria al amor de la humanidad. Sólo que es una evolución esta que no se hace de la noche a la mañana, porque a las dificultades inherentes a todo proceso de evolución se agrega en este caso la formidable circunstancia de que el feudalismo plutocrá-

tico ha hecho de la patria su más sólido y barato baluarte. Y de ahí que nada subleve más el feróz instinto de conservación del burgués de hoy que toda propaganda que tienda a sustituir el lucrativo patriotismo (guardián celoso de los privilegios nacionales y, por ende, de los que dentro de la nación usufructúan el monopolio de estos privilegios) por el pacifista y cooperativista humanismo.

Y como nuestro don Jacinto no es, repito, más que un gran burgués (un burgués «snob» de los que tratan de vestir sus viejas ideas a la última moda y hablan de todo o con un afectado, zumbón y epidérmico escepticismo de señorito «bien», o con un empalagoso lirismo de histérica enamorada), no es de extrañar que, no atraviéndose a combatir de frente a los demoleedores y creadores del ca libre de Unamuno, Baroja, Araquistáin y demás representantes de la España intelectual, se valga para atacarles de las trasnochadas y cursis grandilocuencias del Desterrado. ¿Queréis aún más pruebas? Pues ved lo que éste opina de los que abogan por la fraternidad humana. Hablan Publio, un Capitán del ejército y el Desterrado:

“ Publio.—Todo antes que la guerra.

Capitán.—Todo antes que humillarnos al extranjero.

Publio.—Habláis como soldado.

Capitán.—Como ciudadano ante todo.

Publio.—La guerra es vuestro oficio.

Capitán.—Algo más noble que el vuestro de perturbar la paz. Un oficio, como decís, en que se arriesga y se pierde la vida.

¿Podéis decir otro tanto del vuestro?

Publio.—La guerra es inhumana.

Desterrado.—Tenéis razón. Más inhumana que nunca; cuando vemos que es tan humana, vemos cómo se preparan para ella los pueblos y las ciudades que pueden amenazarnos algún día, y hay, quien como vosotros, dificulta, entorpece y estorba que nosotros estemos preparados para defendernos... Esa es la inhumanidad de la guerra, enviar a nuestros soldados vendidos a la derrota y a la muerte, por falta de medios para combatir. Lo que habéis hecho siempre, oradores y apóstoles de la humanidad... que más parecéis traidores a la patria...”

¡Pero qué deliciosamente cómico este Desterrado! A pesar de que desde su entrada en escena adopta un tono de austeridad regañona y teatral que da náuseas, tan pronto como ve la probabilidad de que su hijo Lauro se case con la hija del Magnífico—el ladino Crispín, dueño y señor ahora de la ciudad—, se ablanda para con éste de tal

modo que, so pretexto de que el pueblo que toleró sus truhanerías es más malo que él, se vuelve su aliado y sale a predicar en su favor. Y ahí tenéis otro aspecto peregrino de la filosofía marrullera del perínclito Benavente. Su teoría es ésta: puesto que todo gobernante corrompido es obra de su pueblo, porque sin pueblo consentidor no habría gobernante corruptor, a la hora de escoger entre el pueblo y el gobernante, lo mejor es declararse por éste, (sobre todo si hay de por medio un hijito que tiene la suerte de engatusar a la hijita del tirano). ¿Qué? ¿Os parece demasiado repugnante este empedernido oportunismo de saltador de caminos, para creer que haya un autor grande o chico capaz de exponerlo y defenderlo en serio? Pues no me creáis a mí, porque la cosa es demasiado gorda para atenerse a referencias. No me creáis a mí; pero buscad el libro y a las primeras escenas veréis por vosotros mismos, si es que sabéis leer, que el gran Benavente ha inventado una doctrina ética al amparo de la cual todos los pillos redomados que habcan su adulación en los palacios de los gobernantes déspotas, quedan absueltos y rehabilitados. ¿No decía yo que la influencia moral de este hombre, de este nuestro curialesco don Jacinto, sobre nuestra juventud de España y América, era fatal sobre toda ponderación?

Y terminaría ya estas rápidas notas si no fuera porque le sentaría mal a mi salud el pasar de largo, a boca cerrada, junto a una tan gentil figura como es la de Crispín, o sea, el Magnífico, tipo en este drama de gobernante astuto y bribón. Bien están las inocentes, las fáciles truhanerías que dieron éxito y fama al tal Crispín en la primera parte de «Los intereses creados»; bien está que el autor nos lo presente en esta segunda parte lleno de remordimientos de criminal de cine y hecho todo un patriota: (el patriotismo es el término natural en la carrera de los truhanes victoriosos, como la cárcel es el término natural en la carrera de los truhanes fracasados)... Pero ir más allá de esto y pretender hacérsenos tragar trocado por arte de birlibirloque en la figura chillonamente lírica, melifluamente cursi, de un tenor de ópera, ya es demasiado. ¿Tan atrofiado tiene el sentido del «humor» este nuestro don Jacinto que no se le sublevan los nervios todos ante el espectáculo de este señor Crispín—tan redomadamente pillo, tan empedernidamente positivista y esceptico—declamándole a Leandro en serio —en patético—aquello de “tu no sabes lo que tu amor a Silvia ha sido para mí. Hundidos mis pies en la tierra, la luz de tu

amor era como una estrella que me obligaba a mirar al cielo...”?

¿Que quiénes son estos Leandro y Silvia y qué amores eran los suyos para dejar tan extático a Crispín? Pues Leandro y Silvia eran unos novios de lo más vulgar que Dios echó al mundo y su idilio un verdadero charco de babosa idiotéz, como puede verlo el lector con sólo mirar, y sin embargo, a este nuestro don Jacinto no le dá un síncope ante la sola idea de hacer de estos zánganos amantes y de su zarzuelesco «yo te quiero»... “acaso la única estrella para algún caminante de la vida que sin su luz perdería el camino en las noches oscuras de su alma.”

Pero no, no quiero robarle al lector la oportunidad de saborear íntegros los románticos gorgoritos de Crispín. Platos como este no se presentan todos los días. Atención, que vais a oír a El Magnífico.

“Crispín.—¿No recuerdas, Leandro?

En nuestra vida aventurera hubo una hora que decidió de nuestra suerte. La hora en que a nuestra ruindad supimos enredar las ruindades de todos, en que la misma codicia de los que nos perseguían fué nuestra salvación. Siempre juzgué a los hombres despreciabes, y aquel día me hubieran parecido más despreciabes que nunca si sobre tanta ruindad y tanta bajeza no hubiera resplandecido el amor de

dos criaturas. ¡Erais tú y Silvia!... Sobre todo aquel amasijo de miserable humanidad, contemplaba yo vuestro amor, como contemplé tantas veces, enarcelado, por la claraboya de una prisión, aquel redondelillo de cielo azul, que con asomarse apenas a la negrura de la cárcel, embebido en el ansia de mis ojos, se entraba por el corazón y era como si el alma se llenase de cielo. Por vuestro amor pude salvar la fe en mí mismo. Y creer en nosotros es creer en algo superior a nosotros mismos, porque sólo el que nada divino siente en su alma, puede dudar de Dios... Tú no sabes lo que tu amor a Silvia ha sido para mí. Hundidos mis pies en la tierra, la luz de tu amor era como una estrella que me obligaba mirar al cielo. Mal hiciste en apagar su luz. Cuando en nuestra alma se alza una luz, por humilde que sea, si por desilución o por cansancio quisiéramos apagarla, debemos pensar antes que ya no es sólo nuestra la humilde lucecilla, que si perdió ya su valor para nosotros, acaso es en la vida única estrella para algún caminante de la vida, que sin su luz perdería el camino en las noches oscuras de su alma.”

Un truhán cursi, espantosamente cursi, como una heroína de Carlota Braemé! La gloria de esta creación le estaba reservada a nuestro inmenso don Jacinto.



# Actuación de la mujer moderna

Dos mujeres que triunfan de la brutal pasión de los celos.—El célebre triángulo de Maeterlinck

(De la sección dominical del "New York American")

**M**AURICIO Maeterlinck, el distinguido poeta belga, novelista, dramata y filósofo, está a punto de llegar a América (1) para una excursión de conferencias. Pero ¿nos dará este ilustre intérprete de la vida, del amor y de las emociones humanas, una conferencia acerca de su propia vida, de su propio amor y de sus últimas emociones?

El eterno triángulo ha sido tema inagotable de los novelistas y dramaturgos desde los más remotos tiempos: un hombre y dos mujeres, o una mujer y dos hombres. Pero en este juego amoroso de tres puntas siempre ha resultado que uno de los tres corazones se ha roto. La felicidad ha sido para dos de los tres, en tanto que el tercer miembro del triángulo ha caído en la desesperación, en el suicidio, y a veces en el asesinato.

Pero Maeterlinck ha realizado un milagro moderno; ha realizado lo imposible, ha construido para sí mismo un triángulo feliz: de un lado, su feliz esposa anterior, hoy divorciada, Georgette Leblanc; de otro, su feliz esposa actual, la jovencita Renee Maeterlinck, y de otro, Maeterlinck mismo, venturoso en el ambiente de amor que ambas mujeres le forman.

Es una situación extraordinaria. ¿Dedicará el filósofo belga una, por lo menos, de sus conferencias en América a contarnos cómo ha logrado él en la vida real la feliz solución del supuesto imposible problema del «eterno triángulo»?

No hace un año todavía que la esposa de Maeterlinck, la conocida actriz y autora Georgette Leblanc, le dijo: "Tu amas a la pequeña Renee... ¿Será tuya!"

Georgette hizo las gestiones del caso para su divorcio y muy poco tiempo después Mae-

terlinck se casaba con la pequeña Renee Dabon, de diez y nueve años de edad! No hubo en todo ello ningún disgusto, ni sombra de celos, y ahora están todos completamente satisfechos y contentos. El éxito de este feliz triángulo se debe principalmente a la amplia filosofía de Georgette, la esposa divorciada, que es una mujer de extraordinario talento.

"Ninguna persona—dice ella—dotada de inteligencia, se rebela contra la muerte, se desespera por lo que es inevitable. Nadie que tenga una mente filosófica lucha contra la proximidad de la vejez. Y ninguna mujer de cerebro deja de advertir que sus encantos físicos se desvanecen con la fuga de los años y que ella no debe tratar de competir con la frescura de la juventud."

Georgette Leblanc había impresionado a Maeterlinck tanto por el lado sensual como por el lado intelectual. Su vida marital había sido y era todavía muy feliz. Pero la frescura primaveral se había disipado en las mejillas de Georgette y su figura había adquirido contornos de matrona. En este tiempo se dió cuenta del apasionado interés que su marido estaba tomando en la niña Renee.

Muy bien, Maeterlinck tendrá a Renee. Pero el hechizo físico de la niña sólo satisfará un lado de Maeterlinck, el lado sensual. Quedará todavía libre el lado intelectual del dramaturgo y éste debe también ser satisfecho. Maeterlinck debe tener quien le preste compañía intelectual e inspiración... y Georgette Leblanc sigue, por consiguiente, siendo su compañera intelectual y su inspiradora.

Así fué como se hizo posible el «triángulo feliz». Desde luego que era necesario un divorcio, y que para el ingreso de la joven Renee en el venturoso círculo no se podía prescindir de la fórmula social del matrimonio. Georgette arregló por sí misma el divorcio y lo preparó todo para la instalación de la niña Renee en el hogar del poeta. Pero Georgette quedaría siendo la amiga, la compañera, la inspiración de su genio, la novia de su intelecto.

Y el triángulo ha triunfado en la práctica. El matrimonio del dramaturgo y de la niña

(1) Llegó a fines de Diciembre y se le han tributado honores extraordinarios.

se llevó a cabo en la primavera del año 1919. Pasada la luna de miel, la misma Renee invitó a Georgette al hogar de Maeterlinck.

Georgette y Renee se entendieron perfectamente; todo pasó suavemente, dulcemente, felizmente; sin celos, sin dudas, sin traiciones, sin deslealtades. Renee era la esposa; eso quedaba establecido, entendido, sellado. Georgette no invadiría los derechos de la nueva esposa... y la nueva esposa no ignoraba, por su parte, que Georgette suplía la camaradería intelectual que la niña novia no podía ofrecer.

Georgette continúa colaborando en los dramas cuyo éxito comercial fué ella la primera en conseguir poniendo en juego su talento práctico. Cuando un nuevo drama requiera la aportación de su personalidad de actriz, ella desempeñará su papel de siempre, o ejercerá a la esposa niña para el papel principal cuando pueda ella desempeñarlo.

Georgette será de una ayuda muy valiosa en la administración de la antigua Abadía de St. Wandrille, que es la residencia favorita de Maeterlinck. El invirtió una gran parte de su fortuna en reconstruir las ruinas del palacio hasta convertirlas en una residencia lujosa sin destruir su exquisita poesía de mansión centenaria. Aunque Georgette tiene su casa propia en París, no puede dejar de atender esta propiedad de Maeterlinck, ya que es ella la única persona que comprende el cuidado que requiere este lugar maravilloso, el gusto que demanda la atención de su mueblaje y decorado.

Al formar parte de este raro pero dichoso triángulo, Madame Georgette Maeterlinck ha sido fiel a la filosofía que puso en práctica durante toda su vida marital.

Ella le ha explicado su filosofía a un amigo. "Se casó con Maeterlinck porque consideró que él era el hombre único para ella, el genio más grande del mundo. Su única ambición en la vida fué hacer feliz a aquel gran hombre y a este fin permanecería fiel siempre, no importa los sacrificios que esto le impusiese. ¿Puede un hombre ser feliz atado a una esposa que carece ya de atractivos para él? No. Por lo tanto, la esposa debe dejarle en libertad. ¿Puede hacerle feliz el separarle de la muchacha que ama? No. Por consiguiente, la esposa debe ayudarle a casarse con la muchacha que ama. En todo hombre hay dos personas: la intelectual y la física, dice Madame Georgette Maeterlinck. La persona física tiene por fuerza que sentirse atraída por una mujer más joven y más fresca. La persona intelectual puede quedar tan devota del lado intelectual de su antigua compañera como en los primeros días y aun

más, quizás, que antes, pero el hombre físico siente el deseo de una compañera más joven... Maeterlinck me es fiel espiritualmente, pero físicamente está apegado a Renee."

Una mujer pierde forzosamente muchos de sus encantos con los años. El hombre, por viejo que sea, experimenta la misma atracción hacia la juventud y la belleza que en sus primeros años. Esta no es su culpa, sino simplemente una de las leyes inexorables de la naturaleza. Por consiguiente, según Madame Georgette, una esposa verdaderamente amante tiene el deber de dejar a su marido libre de hacer lo que guste y aun de contribuir a su felicidad.

En estricta conformidad con estas ideas ella se ha mantenido toda la vida consagrada a él; primero, empleando todos los recursos de su talento en aumentar su fama, luego en ayudarle a lograr su matrimonio con la muchacha cuya belleza le había deslumbrado, y, por último, ayudándoles a ambos a ser felices después que se casaron.

Lo más sorprendente de todo en una esposa fue, quizás, la conducta de Madame Georgette cuando ayudó a su marido a entrar en relaciones con Renee Dahon y a cultivar su amistad después que se habían conocido.

Renee Dahon conoció a Maeterlinck cuando ella hacía el papel de Tytyl en los ensayos del «Pájaro Azul». A ella, como a la mayor parte de los otros actores, la había contratado Madame Georgette. Maeterlinck no gustó al principio de la joven como actriz y se lo manifestó así a su esposa. "El reparto de papeles está bien, muy bien, con sólo una excepción. Debes conseguirte otra Tytyl. Esta es demasiado joven, demasiado inexperta. Resulta imposible," le dijo él.

—Pero, querido, yo te aseguro que esa joven tiene talento—contestó ella.—He estado mucho tiempo buscando una persona propia para representar Tytyl. Y la timidez de esta niña, su falta de desenvoltura, me parece que son cosas necesarias para una exacta interpretación de Tytyl.

Iba a insistir Maeterlinck, pero su esposa le aseguró que ella podía todavía hacer maravillas con Renee. Entonces se apoderó de la jovencita y la estuvo aleccionando diariamente largas horas hasta que la preparó a su entera satisfacción.

El autor del drama no volvió a ver a la niña hasta la primera representación del «Pájaro Azul», obra que se representó durante cuatrocientas noches y que fué el éxito teatral más grande que había tenido.

Maeterlinck quedó encantado con Tytyl. Apenas podía creer que era la misma perso-

na que él había visto en los ensayos. Mostró deseos de conocerla y su esposa se apresuró a traérsela.

—Su representación ha sido admirable—dijo Maeterlinck, en tanto que se fijaba con admiración creciente en la esbelta, delicada figura de la niña de ojos negros y pelo de oro que tenía delante. Y volvió a decir: —Os quedo muy agradecido por haber reproducido tan bien a la niña de mis sueños.

Como resultado de esta entrevista, la joven actriz, con el consentimiento de sus padres, fué a hacerles una visita al señor y a la señora Maeterlinck en su residencia de la Abadía. Y comenzó entonces entre ellos una intimidad que rápidamente creció de día en día.

Madame Maeterlinck, espléndida como un ave del paraíso, de curvas elegantísimas, se deslizaba como un sueño por la romántica residencia medioeval. Él la veía pasar con verdadera abstracción de hombre de pensamiento. Pero cuando Mlle. Dahon aparecía, los ojos del autor sentían la fascinación producida por la figura gentil y primaveral de la niña.

Por fin Madame Maeterlinck sorprendió aquella mirada en los ojos de su marido que una mujer de su experiencia y penetración no podía menos de interpretar. Se dió cuenta de que su compañero sentía pasión por Renee Dahon. Y ni por un momento consintió en estorbarle. Abarcó todos los aspectos de la situación de una sola ojeada. Se dijo a sí misma que ya ella estaba decayendo corporalmente, que la pasión que él había sentido por ella en un tiempo no retornaría jamás y que oponerse a esta nueva pasión del gran hombre sería poner en peligro aquella misma camaradería intelectual y espiritual entre ambos que había sido el sueño de toda su vida.

Georgette Leblanc salió precipitadamente para París y obtuvo su divorcio con la menor demora y publicidad posibles. Y Maeterlinck, que entonces tenía cincuenta y dos años, contrajo matrimonio con la niña de diez y nueve. Renee Dahon.

Este es el punto culminante de una vida de rara devoción por parte de Georgette Leblanc. Hace diez y ocho años que ella se casó con Maeterlinck. Ella era entonces una mujer madura, que había adquirido fama como cantante de ópera y actriz de gran personalidad. Ella ha confesado que ella fué quien enamoró al autor y que lo había empezado a amar por sus libros.

—Pensando en el libro—ha dicho ella—y en el hombre, y en la inteligencia detrás del libro, estuve despierta toda la noche. Y me

dije: “Es mío. Es mi marido. Es mi amor. Yo le conoceré. Le amaré... Me amaré.”

Hubo un encuentro buscado por ella hábilmente y un galanteo rápido seguido del matrimonio. Maeterlinck, estimado entonces como un autor de talento, poeta y hombre de profundas ideas filosóficas, no había conquistado la riqueza y la fama que desde entonces ha ido adquiriendo con los éxitos repetidos de sus dramas en todo el mundo. Fué su mujer la que lo inició en esta carrera de éxitos materiales, pues ella en persona fué la que dirigió la campaña de representación de las obras una tras otra, hasta el invierno pasado, y es probable que continuará haciendo lo mismo en el futuro.

Georgette Leblanc creó la interpretación de Melisande en «Pelléas y Melisande». Penetró con gran intuición en el alma de esta creación extraña, mística y patética, y de tal manera triunfó en dicha interpretación, que desde entonces todos los que han hecho este papel han seguido imitándola. Se distinguió Georgette por una figura espléndida, escultórica, soberbiamente modelada, que todavía conserva y que usa con éxito en las tablas en actitudes y poses muy originales.

Aunque Madame Georgette amaba a su marido antes que todo por su mente y espíritu, ella observó siempre el mayor cuidado de su cuerpo y formuló una serie de reglas sobre esta materia, algunas de las cuales son como sigue:

“Hablad sólo para estar de acuerdo; la desaprobación se expresa mejor con los ojos.

“Cuando vuestro marido esté de mal humor, no desarrolléis el mismo síntoma; cuando esté contento, imitadle sin vacilar.

“Si tiene reuma, no insistáis en que salga de paseo.”

“No le acariciéis antes de comida; los besos para un hombre con hambre son como burbujas de jabón para una garganta reseca.”

## La Cuestión de la Mujer y el Sistema Capitalista

(De "The Call Magazine")

ISRAEL KAHAN

### La aristocracia de la fuerza física y la aristocracia del dinero

La guerra mundial de 1914—1918 ha introducido grandes cambios en la estructura social. Bajo su constante y abrumadora presión, muchos países llevaron a sus mujeres al desempeño de ocupaciones que hasta ahora les habían sido prohibidas. La ganancia de

alguna independencia económica por parte de la mujer, ha destruído muchos obstáculos y despejado el camino para su emancipación. La cuestión femenina ahora más que nunca ocupa la mente de todos los pensadores y de todos los estadistas sinceros.

Un análisis detenido de la Cuestión de la Mujer muestra que, aunque al parecer es un problema de sexos, no es en el fondo otra cosa en realidad que uno de los aspectos del gran problema humano que ha de resolverse si la humanidad ha de progresar.

Y siempre que nos detenemos ante esta cuestión de la emancipación de las mujeres, surge el recuerdo de Ibsen. Según los aforismos póstumos de Ibsen, la humanidad, en su desarrollo desde las más bajas zonas del salvajismo hasta las más altas de la civilización, ha pasado a través de períodos bien definidos.

En las etapas primitivas de la historia humana reinaba suprema la aristocracia de la fuerza física. Sólo aquellos que estaban perfectamente adiestrados en el arte de la guerra eran los jefes de la sociedad. Las clases más bajas imitaban a la fuerte por excelencia y las hazañas físicas inspiraban adoración. Por cientos de siglos la humanidad perseveró en esta práctica.

La aristocracia del dinero desplazó a la aristocracia de la fuerza física. El caballero armado y el guerrero profesional fueron perdiendo su influjo social. Los peritos en el arte de acumular fortunas son los que moldean los pensamientos de la humanidad actual. Y como la aristocracia del dinero conquistó generalmente su poder por medios mezquinos de astucia y rapacidad, acompañados a menudo por la fuerza física, fueron muchas las supersticiones antiguas que deliberadamente se retuvieron y modificaron en forma que conviniese a su creciente influjo social.

Ahora estamos atravesando una época en que la aristocracia del dinero, aunque todavía reinante, está perdiendo rápidamente su fuerza y autoridad. Una nueva fuerza está desplazando gradualmente a la aristocracia del dinero. Conferencistas, profesores, artistas, científicos, están ahora plasmando la mente y las ideas del género humano. Y a medida que la fuerza de la inteligencia ha ido suplantando a la fuerza de la riqueza, las viejas supersticiones se están desvaneciendo gradualmente. La humanidad, sin embargo, no quedará enteramente libre hasta que una nueva fuerza dinámica no haya surgido y triunfado. Cuando una nueva aristocracia, la de los sentimientos nobles y el carácter firme y sano, desplace a la aristocracia de la

inteligencia, entonces y sólo entonces los seres humanos alcanzarán a un nivel en que serán tan libres como los dioses.

La ciencia económica ha demostrado que estas aristocracias que acabamos de mencionar se basaban en la estructura económica de la sociedad en cada época determinada. Para alcanzar la etapa de la aristocracia de los nobles sentimientos la humanidad debe verse libre de la perversa influencia de los odios y rivalidades basados en la desigualdad económica. Aun ahora es fácil notar que en aquellas clases en que condiciones económicas saludables permiten a sus miembros el volverse aristócratas del noble sentir, las mujeres están consideradas y tratadas como iguales de los hombres.

### La muchacha y el muchacho

El estado actual de la mujer es una prueba de lo anterior.

El sistema capitalista pretende hipócritamente haber colocado a la mujer sobre un pedestal de reverencia, sin perjuicio de lo cual la explota más y más y la trata mucho peor que al hombre.

Desde su nacimiento la muchacha se tropieza con la Cuestión de la Mujer. El nacimiento de una muchacha es acogido con disgusto por sus padres, sean ricos o pobres.

¿Por qué este disgusto? A causa de la dependencia económica de la mujer. Los padres ricos sienten disgusto de ver que sus bienes acumulados van a pasar a otra familia mediante el matrimonio de sus hijas. Los pobres, por su parte, ven en el nacimiento de una muchacha nuevas cargas que aumentarán su pobreza, pues sabido es que una muchacha en el seno de una familia significa más gastos con menos probabilidades de ingresos.

A medida que la muchacha avanza en edad, los peligros que la rodean van creciendo. Y esto ocurre no porque ella sea peor que un muchacho de su misma edad, sino porque si llega a olvidar por un solo instante su situación especial, corre el riesgo de seguir los «instintos de la vida». Estos peligros proceden directamente de la moralidad, basada en siglos de prejuicios y supersticiones que a su vez descansan sobre el cimiento de las diferencias económicas entre la condición del hombre y de la mujer.

Cuando la muchacha llega a ser una mujer, su posición económica es la única que decide de si habrá de obedecer a la voz del amor natural, o si podrá proporcionarse un matrimonio ventajoso. Y después del matrimonio, el camino de su vida está lleno de espinas.

## Lo que ha sido la vida de la mujer en las distintas clases sociales.—La Nora de Ibsen

En confirmación de lo anterior, trataremos de dar idea de la vida de la mujer en las diferentes clases sociales, tal como se la describe en la literatura más representativa del día y en trabajos biográficos.

Nora, nacida en el seno de una familia rica, era considerada por todos, y por sí misma, como muy afortunada, hasta que se atrevió a dar un paso independiente. Su marido, próspero hombre de negocios, se vió envuelto en una dificultad financiera. Esta dificultad no se la confió a Nora, porque ella era simplemente «una mujer». Trata ella entonces de conseguir el dinero de un prestamista, que pone como condición del préstamo que la obligación vaya firmada por una persona de responsabilidad. Llevada del deseo de ayudar a su marido a todo trance a adquirir el dinero y estando su padre demasiado enfermo para solicitar su firma, Nora falsifica secretamente la firma de su padre, sin darle importancia ninguna a este hecho, toda vez que está segura de que en todo caso el padre nada tendrá que objetar. Todo va bien hasta que el prestamista trata de aprovecharse de la firma falsificada para imponérselo al marido de Nora. Entonces estalla la tempestad.

¿Fue culpa suya que ella violase las inhumanas leyes existentes?—se preguntaba la angustiada Nora. Su educación había tratado de hacer de ella solamente una muñeca para que pudiera servir de adorno en la casa de su padre y después en la de su marido. Para éste ella era simplemente un elemento decorativo de su casa y un instrumento de placer. Y tan pronto como ella trató de actuar como un ser humano, tropezó con la realidad. ¿Hay acaso nada más natural que en su primera tentativa de actuar como una persona, desconociendo por completo las leyes de los hombres, resbalase y cayese la que hasta entonces había vivido como simple muñeca?

Su verdadera posición se le hizo clara. Vió que había estado obligada por los viejos convencionalismos a llevar una vida que ante su mente difería poco de la de una prostituta. Y siendo una mujer inteligente, se rebeló y abandonó la casa de su marido para comenzar a vivir de nuevo.

Las mujeres de la clase media no lo pasan mejor. Como ejemplo, tomaremos el drama de Hermann Suderman intitulado «Heimat» (El Hogar).

Magda Swartze era la hija mayor del pro-

pietario de un gran diario en una ciudad de segundo orden de Alemania. Fascinada por las palabras de amor y brillo social de un joven de la nobleza y obedeciendo al grito del amor, cayó en brazos de un Von Keller, que ocupaba la plaza de Fiscal. Al sentir ella las consecuencias de sus amores y pedirle que se casara, creyó él que la mera insinuación era un insulto. ¿Cómo podía ella pretender que un Regierungsrath se casara con una muchacha de la clase media que, además, no había sabido «conservarse pura»? Sólo después de fuertes protestas por parte de los padres, hechas por supuesto en el círculo privado de la familia, consintió von Keller en casarse, pero a condición de que ella fuese a dar a luz a un sitio donde no la conocieran y dejase al niño eriendo en secreto, sin que sé supiera que había nacido fuera de matrimonio. El no consentía de ningún modo en manchar su reputación con tal escándalo. Su insolente discurso, las condiciones humillantes que trató de imponerle, y la actitud servil de su padre para con Von Keller, la sublevaron de tal modo que, encarándose con su amante, le echó a la cara su desprecio y se dispuso resueltamente a abandonar la casa paterna.

Pero en tanto que Mr. Swartze, el padre, prohibía que mencionasen siquiera su nombre en su presencia, Magda, a fuerza de luchas heroicas, logró conquistarse una gran fama como cantante. Llegó así el momento en que los ciudadanos más respetables de su ciudad aspiraron a la honra de traerla para un concierto. Ella, ansiosa de ver a su pobre madre y a su hermana menor, aceptó la invitación. Toda vez que entre ella y su padre existía un disgusto grave, se decidió a parar en el hotel, pero las súplicas de su madre la indujeron luego a trasladarse a su propia casa para evitar la murmuración.

Al principio se sintió Magda muy feliz. Su fama y popularidad parecieron ablandar el austero corazón de su padre. Von Keller, a quien Swartze consideraba limpio de culpa desde que se había mostrado dispuesto a casarse con Magda, continuaba visitando la casa. El ahora se daba cuenta de lo mucho que la fama de Magda y su auge como artista convenían a su carrera y, consiguientemente, pensó en abordar otra vez la cuestión del matrimonio con Magda. Magda trató inútilmente de evitarlo. Mr. Swartze, considerándola a ella culpable e inmoral por no aceptar sus proposiciones, pensaba que había llegado el momento de borrar la mancha que había caído sobre su propio nombre e insistía en la necesidad del matrimonio. Para apaciguar a su padre, Magda consintió en hablar

del asunto con Von Keller. Pero éste no había cambiado en sus ideas. Sólo condescendió benévolutamente, en atención a sus sentimientos maternos, en adoptar a la hija de ambos, que ante los ojos del mundo pasaría como una huérfana de ciertos parientes pobres de ella. Cuanto a Magda misma, acabó por manifestarse dispuesta al casorio, siempre que se la respetara en su independencia para seguir su profesión. Von Keller, que interpretaba sus suaves palabras como un principio de sumisión, quedó sorprendido ante la «demanda de independencia». Como esposa suya, ella no tenía que atender a otra cosa que a él. El le daría todas las oportunidades de conquistar fama, permitiéndole cantar en fiestas de sociedad, y utilizando el talento y la gloria de ella para avanzar en su carrera. ¡Esto era demasiado! El, el culpable, iba a ser el juez. Ella, deshonrada por él, pero suficientemente fuerte para conquistarse su independencia contra toda clase de obstáculos, debía sacrificar todo cuanto amaba a la idea de ayudarle en su carrera a él y en adelante debería considerarse, de acuerdo con los convencionalismos de él, como objeto de los favores de su marido. Su alma se rebeló y le ordenó salir de la habitación.

Magda había decidido abandonar la casa paterna. Tenía que pasar por el cuarto donde su padre la esperaba. Revólver en mano, él estaba resuelto o bien a forzar a Magda a que lavase el nombre de su hija casándose sin condiciones, o bien a matarla. En la demanda convencional de ciega obediencia por parte de ella, lo único que veía Magda era que la querían forzar a prostituirse en una clase de prostitución compulsoria que no concede recompensa a la mujer y libre al hombre de toda obligación. ¿Qué derecho tenían sus padres—arguía ella—de exigirle nada? Si ella hubiera dependido de ellos para ganarse la vida y para su apoyo moral, como las muchachas del tipo de su hermana, entonces habría alguna razón para exigirle obediencia. Pero de ella, que había sido lanzada al mundo a luchar contra toda clase de obstáculos hasta conquistarse por sí misma su independencia y hacerse respetar y admirar, ¿qué derecho y qué razón podían invocar para exigirle obediencia ciega? Sólo una razón, le gritó su padre, podría consentir en pertenecer a más de un hombre fuera de matrimonio. En sus esfuerzos desesperados para poner fin a la torturadora discusión, ella acabó por exclamar: «¿Cómo sabe usted que él fué el único?» Levantó él su revólver para dispararle. Magda gritó. Su hermana y su mamá se precipitaron dentro del cuarto. El

choque moral había sido demasiado grande para él y cayó herido de muerte de un ataque del corazón. No había podido resistir el anciano a la resuelta rebeldía de una hija contra la autoridad del padre y los convencionalismos del mundo. Tal es la penalidad que sufre una mitad de la especie humana por entorpecer el desarrollo de la otra mitad de la especie.

### Autobiografía de una mujer

La situación de las mujeres de la clase obrera es todavía peor. En apoyo de este aserto tomaremos algunos párrafos de «La autobiografía de una obrera», por Adelheid Popp.

Siendo todavía una niña, Adelheid conoció las angustias del trabajo fuerte alternado con la falta de trabajo y la busca de un jornal. A la edad de diez y seis años pudo encontrar trabajo en una factoría donde la mayor parte de los empleados eran mujeres. Allí oyó a sus compañeras hablar de un agente viajero que iba a regresar en un par de días. Cuando volvió el agente viajero se paseó por toda la fábrica mirando a las muchachas de un modo que hizo sonrojar a Adelheid. Se detuvo al llegar junto a ella y la mandó a un recado. Cuando Adelheid estaba a punto de abrir la puerta a su regreso a la fábrica, el agente viajero, que estaba oculto en la penumbra del pasillo, la abrazó y la besó. Ella lo empujó a un lado y corrió a refugiarse al taller. Las miradas de sus compañeras, que habían visto las dos siluetas a través de los vidrios de la puerta, hicieron arder su rostro de indignación y vergüenza todo el resto del día. Y cuando llegó a su casa tuvo vergüenza de contarle a su mamá y a su hermano lo que había pasado.

Al día siguiente la esposa del dueño de la fábrica, que era capataz del establecimiento, al pasar junto a ella murmuró algo muy cínico acerca de «su éxito». Una de las muchachas reprochó duramente a Adelheid el haberle robado el amor del agente viajero. Adelheid replicó suavemente que ella no había hecho nada para atraer al agente, quien evidentemente no abrigaba ninguna intención honrada en sus solicitudes para las muchachas. La compañera de trabajo lo entendía así, pero necesitaba los favores del agente para obtener más ventajas dentro de la fábrica: trabajo seguro y buena paga. Y con lágrimas en los ojos le rogó a Adelheid que hiciera algo por parecer «menos bonita».

La actitud cínica de sus compañeras de trabajo hacia ella sacudió fuertemente su alma y aquella noche le comunicó a su madre

todo. Su madre la aconsejó que, estando obligada a trabajar para ganarse la vida, debía volver a la fábrica, pero que no debía permitir que el agente viajero fuese «demasiado lejos».

Faltaban tres días para la Noche Buena. ¡El dinero hacía tanta falta! Pero ella no podía sobreponerse a su repugnancia. Su espíritu se sublevaba. Ella no podía luchar voluntariamente como un perro por un hueso podrido. En lugar de volver, salió a pedir trabajo en otra parte. Durante tres días anduvo vagando por las calles de Viena en solicitud de empleo. Al salir de la fábrica donde había estado empleada sólo recibió un dólar que era cuanto había ganado.

¿Cómo decirselo a su madre? ¿Cómo iban a celebrar aquel gran día con sólo un dólar? Llorando y temblando de frío siguió andando, sin saber adonde. Un joven muy bien vestido se le acercó y en una forma afectuosa le preguntó por qué lloraba. Ella le contó sus sufrimientos de los últimos cuatro días. Él ofreció darle suficiente dinero si ella lo seguía hasta su casa. Demasiado joven para comprender aún, le siguió. A la puerta de su casa se fijó repentinamente en la mirada lúbrica de él, y se llenó de horror. Lanzó un grito de sorpresa y salió corriendo hacia su casa.

Un paso más y se habría perdido. Esta sociedad «moral» la arrojaría sin piedad entre los perdidos y degradados, y eso en la víspera misma del aniversario del Redentor... Tales eran sus pensamientos en aquel momento.

Por fortuna, era ella una de esas personalidades fuertes cuya energía crece con los obstáculos. Aquel incidente la hizo pensar en los que luchaban contra las mismas condiciones sociales que habían estado a punto de perderla. Prestó oídos a los propagandistas de las asociaciones obreras y socialistas y no tardó en sentirse envuelta en aquel movimiento de ideas. Pronto llegó a ser una espléndida oradora y organizadora del movimiento obrero en Austria. Y desde entonces ha logrado adquirir fama por sus servicios a la causa y promete aún seguir siendo útil a la humanidad.

El caso de Adelheid es típico y muestra cómo la pobreza obliga a las muchachas obreras a sofocar toda clase de nobles sentimientos y a buscar favores de hombres de intenciones claramente deshonorosas, sólo porque aquellos hombres tienen el «control» de sus salarios.

Estas vívidas descripciones de existencias de mujeres por autores de diferentes países y de fama internacional, demuestran que la

condición de la mujer con respecto a la materia de que tratamos es igual en todas partes. No depende ello de la forma política del país, sino del «status» económico de las mujeres, tan ínfimo en todas las sociedades plutocráticas.

## La mujer en los Estados Unidos

La condición de la mujer en los Estados Unidos no es en manera alguna mejor que la de los países europeos.

La «New York States Factory Commission» (Comisión Industrial del Estado de New York) investigó en 1914 la situación de las mujeres trabajadoras en todo el Estado. He aquí lo que el Profesor Woolston declaró ante esta Comisión, en Diciembre 10. de 1914:

“...Esto es lo que aquellas ocho mil muchachas hacían, a razón de seis dólares y medio por semana. ¿Qué clase de vida supenéis que podrían llevar? Imagináis que podrían vivir de una manera sana, limpia y decente? ¿Creeis posible que pudieran dedicar una parte de su jornal a la comida, otra al lavado, otra a la asistencia médica. etc.? ¿Os dáis cuenta de lo que significa para estas muchachas el tener que depender de sus «caballeros amigos» para sus pasatiempos?”

En Diciembre 2 de 1914, Miss. Packard declaró en la vista celebrada por esta misma Comisión. Esta señorita había investigado al azar el presupuesto de trescientas muchachas obreras. Y para demostrar cómo los jornales ínfimos obligan a las jóvenes a depender de sus amigos, especialmente de sus amigos ricos, citó las palabras de una de las muchachas: “Pobrecitas las otras que no tienen un sujeto que las acompañe... ¡Vaya! Si yo tuviera que comprar todas mis comidas, nunca tendría bastante con lo que gano.” Esta muchacha obrera nunca gastaba en comer cuando esperaba a «su amigo», porque siempre esperaba que él la obsequiasé, por lo menos, con helados o bombones. También el domingo ponía toda su esperanza en que él la sacase a paseo y la llevase a comer una comida «completa» en un restaurant.

¿Cuántas muchachas pueden resistir en tales condiciones a las tentaciones del camino «alegre»? Y aun suponiendo lo mejor, ¿qué medios poseen estas muchachas, fuera de los meros caprichos del azar, de obedecer a sus corazones, en vez de a consideraciones pecuniarias, al escoger su pareja de toda la vida?

En su libro sobre «Las teorías de la clase acomodada», el escritor Thorstein Veblen demuestra concluyentemente que entre los in-

dividuos de la clase rica por regla general las mujeres se consideran aun en cierto modo como ornamentos. Esto se rebela, entre otras cosas, en la forma del vestido femenino, designado para hacer ostentación de la posición económica de su señor, del marido, del que paga. Dice este escritor:

“Para aplicar esta generalización al traje de las mujeres y poner la cuestión en términos concretos: el tacón alto, la falda, el sombrero absurdo, el corset, y en general, la total desconsideración de la comodidad de ella, que es un rasgo peculiar del traje de todas las mujeres civilizadas, son todas otras tantas pruebas de que en el plan de la vida moderna y civilizada la mujer es todavía la sierva económica del hombre, esto es, su propiedad. La razón práctica que explica esta aparatosa ociosidad femenina y el fausto embarazoso y absurdo en el traje de la mujer, radica en el hecho de que ellas son siervas a quienes, en la diferenciación de las funciones económicas, se ha encomendado el oficio de lucir la riqueza que ha sabido acumular su señor.

“... Hay una marcada semejanza, a este respecto, entre el traje de las mujeres y el de los sirvientes domésticos, especialmente los de librea...”

Hemos analizado la vida de las mujeres de las diferentes clases económicas y hemos visto el horror que la mujer inteligente sentirá al enfrentarse con esta angustiada pregunta: “¿No estamos obligadas en realidad a prostituirnos contra nuestra voluntad?”

### La prostitución legal

Para comprender cómo el problema de la Mujer y el problema de la Prostitución son inseparables, debemos empezar por una clara definición de la palabra prostitución.

Durante siglos, la palabra prostituta se aplicaba sólo a las mujeres como un estigma de degeneración, cuando vendían su cuerpo por un lucro material. La definición de esta palabra fué gradualmente ampliándose hasta incluir a los hombres y mujeres que vendían, o alquilaban, su persona para realizar cualquier acto vil con fines de lucro. Así fué como la frase «prensa prostituída» se puso en boga. A medida que la moral social y la sexual fueron elevándose, el pueblo empezó a estigmatizar a los hombres y a las mujeres que se casaban impulsados sólo por razones pecuniarias. Con el arraigo de esta opinión acreca de los matrimonios de dinero, la ciencia social empezó a distinguir entre dos clases de prostitución, la legal y la ilegal.

Por prostitución legal se entiende el contraer matrimonio, debidamente legalizado por el Estado, en el que una de las partes o ambas, se comprometen a habitar bajo el mismo techo y hacer vida marital con una persona del otro sexo, no por razón de amor o natural atracción, sino por razón de lucro material. Prostitución ilegal vale como decir la venta o alquiler de la personalidad sexual de un individuo a otro de distinto sexo, sin que esta unión esté oficialmente sancionada por el Estado.

En el libro «Igualdad Sexual», Emmet Densmore se expresa así:

“... La venta del cuerpo de una persona por ventajas materiales, aun cuando sea por toda la vida y en estricta monogamia, debe considerarse con repulsión, si bien el grado de esta repulsión depende necesariamente de la inteligencia y elevación del observador. La costumbre y los precedentes tienen mucho que ver con nuestra nociones acerca de lo bueno y de lo malo. Puesto que innumerables personas, de quien en otros respectos no tenemos nada que decir, dan sus hijas a maridos que prometen proveerlas de una vida comfortable, la costumbre de traficar con ellas sobre esta base ha llegado a ser cosa establecida. Y mientras un gran número de madres sigue tratando de hacer esta clase de negocio con sus hijas, un gran número de hijas coopera en dicho tráfico, sin pensar, sin embargo,—de tal modo las ha cegado la costumbre—, en la semejanza perfecta que hay entre lo que ellas hacen y ese otro «mal social» tan repugnante, que instintivamente nos resistimos a pronunciar su nombre. No hay duda de que habla en favor de estas madres traficantes la ignorancia o inconsciencia de la naturaleza del comercio que ejercitan, pero la inconsciencia de un pecado no libra a los transgresores de la penalidad inevitable, como se advierte siempre que inconscientemente desobedemos las leyes de la salud y de la higiene. El transgresor no se halla menos expuesto a contraer la tuberculosis por haber dormido y respirado en ambiente malsano, en un cuarto sin ventilación, por el mero hecho de que esté inconsciente de lo malo de tal práctica; y así, un traficante matrimonial, ignorante del pecado de someter a cálculos mercantiles la selección de un marido o de una esposa, debe estar tan seguro de sufrir las consecuencias de la inmoralidad de su tráfico, como si estuviera consciente de su índole desmoralizante.”

## La mujer en almoneda

La posición social de inferioridad de la mujer tuvo su origen en las edades salvajes, en el período histórico en que el hombre se aprovechó de las desventajas fisiológicas de

la mujer para colocarla en estado de vasallaje. Pero el someter a las mujeres, voluntaria e involuntariamente, a una forma dada de prostitución fué práctica que se desarrolló gradualmente cuando la sociedad comenzó a considerar la propiedad más sagrada que la vida.

En su libro «La Mujer y el Socialismo», Augusto Babel declara que la prostitución surgió cuando se estableció el derecho del patriarcado, que surgió después de haber nacido la propiedad privada. Entonces se hizo necesario, para la acumulación de los bienes, el establecer la identidad de los herederos legales del padre. Fué entonces, naturalmente, que los hombres empezaron a exigir la restricción sexual de la mujer, arrogándose para ellos solos el derecho a la absoluta libertad sexual.

Citaré aquí dos antiguas leyes que, en adición al aserto de Babel, probarán que, con el desarrollo de la institución de la propiedad privada, la entidad sexual de la mujer comenzó a considerarse como objeto de propiedad, sujeto a las leyes de oferta y demanda como cualquiera otro artículo de consumo.

En el libro «Kedushin» de las antiguas leyes hebraicas denominadas Talmud, se declara expresamente: «Una mujer queda vendida sagradamente (se convierte en propiedad de un hombre) de tres modos; por dinero, por un pagaré, o por medio del comercio sexual; y ella sólo puede recobrar su libertad cuando es repudiada o cuando muere su marido.» Y en una larga interpretación de dicha ley (demasiado cruda para una versión literal), se expone que cuando un hombre deseaba tomar por esposa a una muchacha, él, o su tutor, debía pagar al padre de la muchacha, o en caso de que el padre hubiese muerto, a su hermano mayor, y en caso de la muerte de éste, al hermano mayor del padre, y así sucesivamente hasta recorrer toda la línea masculina, una determinada suma en dinero o en un pagaré. Pero si por medios violentos o astutos el novio lograba llevarse a la muchacha y hacerla suya en presencia de dos testigos, diciendo estas palabras: «Tú has sido consagrada como mía por este acto, de conformidad con la ley de Moisés y de Israel,» la muchacha quedaba desde entonces convertida en su esposa. Y el acto del viola-

dor quedaba legitimado siempre que consintiera en pagar el precio de la muchacha a sus parientes de la línea masculina, como indemnización de su pérdida. El precio en este caso se consideraba insignificante, ya que de hecho la propiedad ya había pasado a poder del comprador.

La llamada ley de usufructo en los comienzos del imperio romano ordenaba que todo cuanto un hombre hubiera poseído y usado por un año se considerase como de su exclusiva propiedad. Si algún ganado ajeno entraba en sus tierras, o si se encontraba algún instrumento de labranza, y no se lo reclamaban durante el año, quedaba todo el mundo impedido de hacer ninguna reclamación de dichos bienes y obligado a respetarle en su propiedad.

Una mujer, de igual modo que el ganado o que las cosas perdidas, se consideraba como propiedad, y si ella pertenecía a su marido por todo un año, se convertía en su propiedad personal en calidad de esclava. Para escapar a esto, la mujer romana apelaba al ardid de interrumpir el usufructo pasándose tres noches del año fuera de la casa del marido.

Con el desarrollo de la propiedad privada, la individualidad sexual de las mujeres ha sido considerada como propiedad en una forma casi igual a la que se observa en cuanto a la capacidad de trabajo del obrero. La emancipación gradual de las mujeres ha pasado por las mismas fases que la liberación del trabajador: de la total esclavitud, al feudalismo, y de éste al estado actual de «salariados libres». El trabajador de la época actual no sigue siendo esclavo de un determinado dueño, pero la clase trabajadora en conjunto se ve obligada para vivir, bajo el sistema de producción actual, a vender su vida, o parte de su vida, a la clase propietaria en general. Y esta misma situación existe en relación con las mujeres. Ninguna mujer en particular es considerada como propiedad de su marido, pero las mujeres en general se ven obligadas a esperar de los hombres todo lo necesario a su seguridad y bienestar en la vida. El mal de la prostitución, por consiguiente, en lugar de haber sido aliviado, ha sido de esta manera extendido.

El sistema capitalista, aunque hipócritamente ha estigmatizado la prostitución, la ha comercializado en realidad, como ha hecho con todo lo demás. El amor de la mayoría de las mujeres ha pasado por el mismo proceso que las artes y las ciencias y la religión, que no han tenido más remedio que rendirse bajo el peso del oro y comercializarse. La prostitución legal—la institución

por virtud de la cual mujeres que en todos los otros respectos son modelos de honradez, se dan, aunque en matrimonio, a cambio de una ganancia material—prevalece más bajo el sistema capitalista que bajo cualquier otro sistema social anterior.

Midiéndolo todo por dólares y centavos, el capitalismo ha convertido el matrimonio en un asunto de cálculo mercantil.

### El remedio

En nuestro análisis de los más importantes aspectos del problema de la Mujer, hemos visto que la esclavitud sexual de la mujer está basada en su dependencia económica del hombre. Unos pocos tipos de excepcional fortuna, como Magda y Adelheid, pudieron librarse a sí mismas de la presión de las supersticiones y convencionalismos, sólo después de haberse conquistado con sus propias manos la independencia económica. Pero la mayoría de las mujeres de la clase media y de la clase obrera tienen contra ellas todos los elementos.

El sistema de lucro privado no puede resolver este problema, toda vez que este sistema rebaja el «status» económico de la mujer al no remunerarle en salarios su trabajo como madre de familia, ya que este trabajo, por no producir ganancias, no se considera como digno de remuneración. Solamente como creadoras de riqueza material y de ganancias, pueden las mujeres bajo el sistema actual obtener igualdad económica. Pero es precisamente esta lucha sombría y terrible en el mercado del trabajo la que coloca a la mayoría de las mujeres en la alternativa de escoger entre el celibato, como base de su independencia económica, y la maternidad y el matrimonio, que invariablemente originan la dependencia de la mujer.

Sin embargo, el capitalismo tiende a aumentar cada vez más el número de mujeres obreras. La guerra mundial ha acelerado enormemente este proceso. No hay una industria en los países europeos en que las mujeres no hayan sido llamadas a desempeñar un papel importante. Hasta los Estados Unidos, la nación menos afectada por la guerra, ha aumentado considerablemente el número de sus mujeres obreras.

Dos factores, ambos de los cuales ponen sobre el tapete el problema de la mujer, han sido puestos en juego por virtud de lo anterior. Uno de ellos es la mejora gradual del «status» económico de la mujer. La actitud hacia las mujeres va cambiando a causa de la nueva posición de la mujer en la industria. Esto hace a los hombres mirar a las mujeres, no como miembros de un sexo di-

ferente, sino como trabajadores, laborando bajo condiciones algo diferentes, pero con un interés común. Desde el punto de vista de los diferentes grupos de trabajadores, se las está igualando mediante la creencia creciente de que la solidaridad, la igualdad de derechos y la organización puede acabar con los daños de la competencia. Por un lado hemos visto recientemente grupos de hombres declararse en huelga por exigir la exclusión de las mujeres de ciertos oficios. Por otro, hemos visto hombres acogiendo dentro de sus organizaciones a las mujeres y proclamando su derecho a igualdad de salario y de oportunidades.

El otro factor es el cambio de actitud de las mujeres hacia sí mismas. La confianza en sí mismas, que viene de las mayores oportunidades para su propio sustento, aumenta el sentimiento de su dignidad cuando buscan un compañero. Las consideraciones pecuniaras en el último caso están desapareciendo, en tanto que los encantos materiales, o los méritos personales, de los hombres están ganando en importancia. Los elementos que obligan a una mujer a la caza de un marido para que la sostenga y a preferir a un hombre que tiene dinero, o mayores probabilidades de hacerlo, a uno de cualidades mentales o morales superiores, se están desvaneciendo con el aumento de oportunidades para las mujeres en lo que respecta a ganarse su propio sustento.

No obstante estas mejoras, la dependencia económica de la mujer en el matrimonio está agravada por el hecho de que la vocación maternal de la mujer, puesto que no produce beneficios materiales, está colocada en un nivel mucho más bajo que la del más ínfimo jornalero.

El sistema de beneficios privados está como girando en un círculo vicioso del cual no puede salir. Hace surgir cada día problemas que sólo pueden resolverse mediante su abolición. Muestra también cada día la hipocresía de sus defensores teóricos. En tanto que los defensores del sistema peroran sobre la «conservación de la raza», aquellos más fieles a sus prédicas son castigados por este sistema, que coloca la reproducción de la raza en un nivel mucho más bajo que la mera función de producir beneficios industriales.

### ¿Cuál es el remedio?

En adición a la igualdad de oportunidades para el trabajo e igualdad de paga por igualdad de trabajo, que actualmente se le está imponiendo al capitalismo, la vocación femenina de la maternidad, en la que descansa

la sociedad humana, debe ser tratada y remunerada como una función importante y el trabajo de las mujeres como madres de familia debe pagarse por la sociedad como cualquiera otra función social necesaria.

Pero por supuesto que esto no puede hacerse bajo un sistema de producción para fines de provecho individual. Para llegar a esto el sistema de la producción debe ser reorganizado en tal forma que el trabajo o función de todos los miembros de la sociedad sea valorado, no de acuerdo con el provecho inmediato que produce a tal o cual individuo o entidad, sino de acuerdo con sus beneficios para la sociedad entera. Debe establecerse una forma de relaciones económico-sociales en la que los principios humanitarios desplacen a las consideraciones anti-sociales de lucro; en la que sea imposible para un hombre o grupo de hombres el derivar poder especial o privilegios especiales del trabajo o condición de cualquiera otro hombre o grupo de hombres. Tal sistema acabará con la dependencia económica de las mujeres respecto de los hombres. Abolirá enteramente la prostitución legal al destruir sus cimientos. Miles y miles de mujeres que ahora se ven empujadas a la prostitución por sus míseros medios de subsistencia, se verán libres de su degradación actual. La igualdad económica bajo este sistema vendrá también a salvar a aquellas que se ven arrastradas a la prostitución legal por el hechizo del lujo y por las seducciones de los ricos parásitos.

Este sistema de producción por el cual lucha el socialismo irá gradualmente eliminando toda ganancia no ganada legítimamente, destruirá los privilegios artificiales

de casta o de posición y producirá los aristócratas del sentimiento, como Ibsen los llamaba en sus aforismos. Entonces quedará resuelta la cuestión de la mujer.

El socialismo en su nacimiento está aportando al mundo nuevas ideas e ideales que al penetrar en la mente humana han ido libertando gradualmente a las mujeres del vasallaje de los «standards» dobles de moral: una moral masculina y otra femenina. Las mujeres de la clase alta y de la clase media han sido las primeras en beneficiarse de este progreso. El movimiento socialista borra los prejuicios y supersticiones que han causado tanto sufrimiento al mundo. Así, las mujeres inteligentes de las clases alta y media, si es que pueden apreciar los elementos de libertad para su propio sexo que envuelve el socialismo, tienen un interés inmediato en ponerse resueltamente al servicio de la causa socialista.

Para las mujeres de la clase trabajadora, el movimiento socialista tiene una significación extraordinaria. La difusión de las ideas socialistas ha producido en ellas un sentido más claro de su papel y de su propia estima. Ha levantado sus inteligencias, animándolas a rebelarse contra «los agentes viajeros y los capataces» descritos por Adelheid y por la «New York State Factory Investigation Commission». Les comunica, en fin, fuerza mental redoblada en su lucha para la conquista de un «standard» más alto de vida que acabe para siempre con la infamante condición social que arrastra a las mujeres, contra su voluntad, a las dos formas seculares de prostitución, la legal y la ilegal.



# Figuras del Proscenio

## Lady Astor, primera mujer que entra en el Parlamento inglés

**T**ODA la prensa de Inglaterra y de los Estados Unidos ha venido dedicándose día tras día a seguir la agitada campaña librada por Lady Astor para abrirse paso hasta escalar un puesto en la Cámara de los Comunes.

Lady Astor, cuyo nombre de soltera era Nancy Langhorne, nació en el pequeño condado de Albemarle, Virginia, y fué electa para la Cámara de los Comunes el día 10. de Diciembre. El puesto que ella ganó en la reñida lucha electoral que se vió obligada a llevar a cabo fué el mismo que dejó vacante su marido, el Mayor Waldorf Astor, al ser elevado éste al rango de Vizconde Astor a la muerte de su padre.

Su riqueza enorme, derivada principalmente de tierras que posee en el Estado de New York, fué el elemento que le permitió a esta mujer derrotar a todos los candidatos que le disputaban el paso, sin que haya dejado de influir también en su favor el encanto personal que le presta su natural campechano y el modo resuelto con que iba en persona a los más apartados suburbios a defender su candidatura.

Según el «World» de Londres, Lady Astor no es bonita, pero su ademán, su voz, su manera y su ingenio dan la impresión de que lo es.

La peculiaridad y el encanto suyo, según la prensa inglesa que la ha estudiado desde hace más de quince años, radica principalmente en el hecho de que conoce a todo el mundo y es amiga de todo el mundo. Desde la primera vez que se la conoce se muestra tan vehemente y franca como si se la conociera desde mucho tiempo. Y hasta un periódico tan hostil a su candidatura como el «News» de Londres, admite que esto no es afectación, sino la normal e inevitable manifestación de su temperamento. Antes de hablar con ella una hora—dice otro periódico—ya han salido a relucir en su charla todos

sus gustos y disgustos, enterándose uno hasta de la angustia que experimentó cuando su hijo menor estuvo a punto de ahogarse en el estanque de los patos y del exorbitante precio que le exigieron en una tienda por su último par de zapatos. El mismo diario la representa como un verdadero depósito de «indiscreciones simpáticas» en materias como la costumbre inveterada de su marido en colocar los pies sobre las sillas, y como la incompetencia del médico de la casa. De cuando en cuando golpea el suelo con el pié o hace una impaciente señal con la mano. Muy a menudo se la ha visto acudir donde ha caído un caballo que el cochero o carrero ha estado maltratando, a dar las órdenes necesarias para desengancharlo, levantándole ella misma la cabeza.

Otro rasgo notable de su carácter es su resistencia física extraordinaria. Aunque ha cumplido ya los cuarenta años, necesita todavía muy poco sueño y se puede pasar veinticuatro horas en actividad constante sin pensar en la almohada. Esta enorme resistencia para el sueño se echó de ver en varias ocasiones cuando dirigía el hospital para soldados heridos en la gran posesión de su marido cerca de Cliveden. Una vez se le presentó un soldado herido tan gravemente, que tan pronto fué visto por los médicos lo declararon imposible de salvar. Lady Astor se negó a aceptar el fallo de los médicos y desde aquel momento no se separó de la cama del herido, cuidándole tan devotamente que logró triunfar en su empeño de disputárselo a la muerte.

Sus salidas ingeniosas y su menosprecio de toda clase de convencionalismos sociales han dado la errónea impresión, a veces, de que pertenece a un círculo social londinense «demasiado alegre». En una ocasión en que hacía uno de sus discursos de propaganda en Plymouth, hubo entre el público quienes la hostilizaban tan fuertemente, que la pusieron muy apurada, pero se le ocurrió hacerle un cuento a la concurrencia que le conquistó el aplauso general e hizo enmudecer a sus enemigos. «Cuando yo fui a Londres la

última vez—dijo—tropecé con un marinero cerca del edificio del Parlamento. Le invité a entrar y me dijo: 'No... usted es de la clase de mujeres que mi madre me aconsejó evitar.' Ahora bien, si yo soy de la clase de mujeres que vuestras madres os aconsejaron evitar, no votéis por mí." En otra ocasión, cuando uno del público le preguntó si no creía que un candidato obrero no sería mejor representante en el Parlamento que una tan alta señora como ella, dado el carácter popular del electorado, ella replicó: "Yo lavé mi propia ropa la semana pasada, pero no creo que él (el candidato obrero) lavó la suya, y una mujer que ha lavado con sus propias manos su ropa conoce al pueblo mucho mejor que un hombre que nunca ha trabajado junto a un cubo."

Si hemos de creer al «London World», aunque Lady Astor «es» de la alta sociedad, no «está» en la alta sociedad. Ella sabe demasiado bien lo que tiene que decir y cómo lo tiene que decir brillantemente, pero nunca ha sabido lo que no tiene que decir, y esto hace una gran diferencia.

Se distingue por una gran sencillez en su traje y evita cuidadosamente todo lo que signifique ostentación. Dice el «World»:

"No hay duda de que Lady Astor no ha mostrado nunca a sus paisanas de América el desdén que cierta duquesa americana ha puesto siempre de manifiesto. Cada vez que el Rey ha preguntado a esta cierta duquesa acerca de alguien en Londres procedente de su mismo país, la aristocrática dama, alzando los hombros, ha contestado: 'En casa, ni con pinzas la cogíamos.' En cambio, Lady Astor jamás ha incurrido ni en el más leve gesto de desdén en este particular. Su amistad con una dama de título dió lugar a que alguien le recordara que su nueva amiga había estado una vez vendiendo cintas en una tienda de New York.—Por eso es por lo que yo la invito—replicó ella: 'pues yo misma pienso vender cintas la semana que viene y su experiencia me aprovechará.' Y en realidad Lady Astor vendió cintas en un bazar de caridad durante la guerra."

Hablando una vez acerca de un almuerzo en que había tratado de hacer las paces entre dos políticos tan irreconciliables como Mr. Asquith y Lord Curzon, Lady Astor le dijo a un amigo: "En lugar de comer de mi ensalada, estuvieron a punto de comerse el uno al otro."

La prensa radical no se ha dejado deslumbrar, sin embargo, por las azucaradas loas derrochadas en honor de Lady Astor por la prensa «gorda» de Europa y de América. Y

como para muestra basta un botón, he aquí un fragmento sacado del «Citizen» un periódico obrero de Cleveland:

"Los cablegramas diarios de Plymouth, Inglaterra, explicando cuán maravillosa persona es Lady Astor, han cesado. Ya el país puede recobrar su tranquilidad y seguir contemplando cómo los políticos americanos se dedican a su pasatiempo favorito de no hacer nada, sin la interrupción constante del vocerío del ejército de cronistas falderiles que han venido obsequiándonos de minuto en minuto con tal farrago de majaderías aristocráticas. Mrs. Astor es sin duda una muy brillante, hermosa, distinguida, hechicera, viril y virtuosa mujer, que puede hacer gran papel en cualquier puesto de venta de caridad, o decirles a los hombres «que han bebido demasiado», o que vayan a beber, y hacer toda una interminable serie de monadas por el mismo estilo. Pero tenemos que celebrar una cosa, y es que después de haber pasado a través de varias columnas de baba periodística diaria durante varias semanas, hemos podido descubrir ¡al fin!, un día después de la votación en Plymouth, que el candidato adversario de Lady Astor en el partido laborista era «un tal» W. H. Gay, y el candidato liberal «un tal» Isaac Foot, ambos individuos muy comunes, sin duda, que no merecían la menor mención con anterioridad a esa fecha. He aquí lo que pasa todavía por periodismo democrático americano: encaramar a las nubes a la clase parasitaria y mirar con olímpico desdén a los simples mortales."

Ahora, para que se juzgue bien de si tiene o no tiene razón el indignado diario obrero de Cleveland, vaya un parrafito de un pianista americano John Powell, que escribe largo y tendido en el «New York Times» acerca de su familiaridad con la señora Astor:

"... Estando allí (en su casa), Nanny me dijo que iba a dar una comida muy pronto en obsequio al príncipe heredero y a la princesa de Rumania. Después de la comida iba a haber una recepción y me preguntó si vendría yo a tocar. En lugar de recibir una mera invitación para la fiesta, tuve unas líneas de puño y letra de Nanny en que me pedía no faltarse a la comida. Fué. El sitio estaba lleno de personas reales de toda clase de naciones. Y allí estaba yo; y Helen Christian, una muchacha americana, allí estaba también. Nosotros éramos dos de los viejos amigos de Nanny; éramos ambos de Virginia, y, según el código de Nanny, los dos éramos tan buenos como el

mejor de los concurrentes. Helen Christian se sentaba junto a mí y estaba muy nerviosa. 'Aquel es el duque de Ccnaught,' murmuraba, y aquellos el rey y la reina de Noruega, y mire allí al conde de tal y allí al príncipe de esto o de lo otro... y henos aquí a nosotros, John Powell, dos simples americanos... sólo porque Nanny Langhorne es nuestra amiga!'

¡Con qué embeleso, con qué religioso éxtasis el buen pianista americano nos revela cómo se derretía de orgullo al rozarse, en la mesa de Nanny, con toda la «mantecosidad» coronada de las cortes europeas. Y es que todavía existe, más robusto que nunca, en el espíritu de la democracia plutocrática de hoy, el necio fetichismo burgués por el brillo de iatón del aristócrata. ¿Os parece bufa la ingenuidad del pianista americano? Pues toda la prensa gorda ha estado repleta durante más de dos meses de las mismas majaderías... ¡Qué asco esta prensa gorda!

## William Z. Foster, el mas radical de los caudillos de la American Federation of Labor

(Del magazine americano, "Current Opinion".)

El unionismo obrero radical, en cuanto respecta a la industria del acero en América, resolvió hace poco triunfar o caer con "el hombre de maneras más corteses que jamás trató de barrenar una industria." Su nombre, William Z. Foster, no ha figurado nunca en las listas de pago de planta alguna del «trust» del acero y hasta fecha muy reciente hacía poco bulto hasta en las veredas y caminos de la misma «American Federation of Labor». Con una rapidez meteórica se ha convertido en el genio director de la huelga del acero en el distrito de Pitisburgh. Muchos radicales ha habido antes que él, pero los periodistas que se ocupan de la huelga creen que Foster es excepcional en cuanto a que es perfectamente franco en sus opiniones. El no niega que es un creyente en la idea de «One Big Union» (una sola y grande unión). El ve con los ojos de la mente muy cercano el momento en que este país estará dominado por el proletariado. El espera confiado los tiempos en que el capital deje de ejercer absoluto control sobre la industria y en que todas las clases de obreros administrarán por sí mismas las empresas en que cada clase particular esté ocupada. El es un discípulo de «la acción directa» y ha dejado constancia categórica de que el trabaja-

dor debe ser completamente falto de escrúpulos en su lucha contra el capitalismo.

En tiempos pasados, cuando, según leemos, este crítico del gobierno constitucional creía en la «acción directa» por grupos de obreros, y antes que se convenciera de que la agitación de grupos por separado es inútil a menos que no sea como un medio para el gran fin, la Gran Unión Unica, que comprenda a todos los obreros y sea suficientemente fuerte para provocar una huelga general en todos los ramos de la industria—Foster era Secretario de la «Liga Sindicalista de Norte América». Llamado a declarar el otro día ante la Comisión del Senado que investigaba el asunto de la gran huelga del acero, Foster confesó ser el autor de un libro intitulado «Sindicalismo», en la página tres del cual se dice así:

"El sistema del salario es el más descarado y colosal robo que se haya perpetrado jamás desde el principio del mundo... Si la sociedad está destinada a perpetuarse—para no hablar de su organización sobre una base equitativa—el sistema del salario debe abolirse. Los ladrones que actualmente ejercen el control de la industria deben ser despojados de su botín y la sociedad debe ser reorganizada de tal suerte que cada individuo tenga acceso libre a los medios máximos de producción. Sólo después de tal evolución podrán desaparecer las grandes iniquidades de la sociedad moderna.

"... Por muchos años los obreros progresistas han venido dándose cuenta de la necesidad de esta evolución. Ellos han llegado también a la convicción de que el cambio debe ser procurado por los trabajadores mismos... En la selección de armas para luchar contra sus enemigos del capitalismo, el sindicalismo debe tener el mismo cuidado de escoger aquellas que sean «legítimas», «justas o civilizadas» que el que tiene un dueño de casa cuando se ve atacado en mitad de la noche por un escalador. El sabe que está comprometido en una lucha de vida o muerte con un enemigo absolutamente desleal y falto de escrúpulos, y por consiguiente, se dá cuenta de que su táctica sólo debe tender a procurarse la mayor efectividad. Su lema debe ser que «el fin justifica los medios». El que su táctica sea o no sea «legal o moral», no debe preocuparle, siempre que sea efectiva. El sabe que las leyes, al igual que el código de moral corriente, fueron hechas por su mortal enemigo, y se considera, por lo tanto, tan obligado a acatarlas como se consideraría un dueño de casa

obligado a acatar los reglamentos que para el ejercicio del robo con escalamiento hubiera promulgado una sociedad de ladrones. En consecuencia, él debe prescindir de ellas siempre que pueda y convenga a sus fines.

En la página 18 del mismo libro, esta doctrina se desarrolla bajo el título «Derramamiento de sangre».

“El sindicalista es tan poco escrupuloso en su selección de armas para luchar sus diarias batallas, como para luchar su batalla definitiva con el capitalista. El no permite que ninguna consideración de legalidad, religión, patriotismo, honor, deber, etc., obstruya el camino de su libre elección de la «táctica más efectiva». El único sentimiento que conoce es el de la lealtad a los intereses de la clase trabajadora. El está en abierta rebeldía contra el capitalismo en todas sus formas. Su marcha de combatiente a menudo le lleva a la cárcel, pero él está tan inflamado por el entusiasmo revolucionario, que ni la cárcel, ni aun la muerte, le pueden aterrar. Su gloria es el martirio, consolándose así mismo con saber que es el pavor de sus enemigos y que sus movimientos de hoy que hacen correr escalofríos por la médula del capitalismo internacional, mañana pondrán fin a esta monstruosidad... Otra de las objeciones favoritas de los socialistas ultra-legalistas y pacifistas es que la huelga general produciría sangre. Esto es probablemente verdad, ya que toda gran huelga va acompañada de violencia. Cada paso adelante dado por la humanidad, ha costado sufrimientos inenarrables y pérdida de vidas, y la revolución industrial no escapará probablemente a esta suerte, pero la perspectiva de la sangre no horroriza al obrero sindicalista como horroriza al socialista de salón. El está demasiado acostumbrado a arriesgar su vida en las industrias asesinas y en los infernales campos de batalla, en el diario servicio de sus amos, para dar demasiado valor a su vida. Con gusto él la arriesgará una vez más, si ello es necesario, en su propio beneficio. El no tiene escrúpulos sentimentales en cuanto a lo que pueda sucederles a sus enemigos durante la huelga general. El les deja a ellos la preocupación de esos detalles. El sindicalista sabe que la huelga general le llevará al éxito y los miedos tímidos de sus adversarios no le harán desistir de ella, como tampoco sus argumentos de que es un arma ilegal, ilegítima e incivilizada.”

Foster admite también la paternidad, más

reciente, de un libro sobré «Sindicalismo obrero, el camino de la libertad», que dice en su página 24, lo que sigue:

“Bajo el nuevo orden, los gobiernos del tipo que ahora conocemos irán desapareciendo gradualmente. En una era de ciencia y de justicia esta grosera institución, habiendo dejado de ser útil, decaerá y morirá... Las industrias que ahora están en las manos de gobiernos nacionales, provinciales y municipales, serán entregadas completamente al cuidado de los obreros consagrados a ella. Y a diferencia de nuestros días actuales de especulación, estos obreros tendrán entonces todas las razones para darle al público el mejor servicio posible.”

Fueron estas doctrinas las que sublevaron al congresista Cooper, de Ohio, hasta llevarlo a pronunciar un discurso violento contra Foster, en el curso del cual declaró que los líderes del elemento radical entre los obreros organizados “están tratando de levantar especialmente a los obreros oriundos del extranjero, que tienen tan pocas, o nulas, nociones de las instituciones e ideales americanas.” Este mismo congresista acusó a Foster de que ha demostrado con sus propias palabras “su incapacidad para ser líder obrero y su absoluta descalificación para gozar, como un ciudadano americano, de la protección de la bandera americana.”

No obstante esto—escribe Martin Green en el «Evening World» de New York—Foster es una fuerza con la que hay que contar ahora, si no ulteriormente. No hace mucho pertenecía abiertamente a la Asociación I. W. W. (Trabajadores Industriales del mundo) y era enemigo de la «American Federation of Labor» y estaba en abierta pugna con los métodos parsimoniosos de esta organización. A la fecha en que escribimos, Foster es, según los líderes obreros, a excepción de Samuel Gompers, la más potente influencia dentro de la «American Federation of Labor», donde él ha surgido de pronto, produciendo el mismo efecto que un submarino surgiendo en medio de un convoy en mitad del Atlántico durante la guerra. Foster—se nos dice—ha estado desde el principio

“dirigiendo la huelga desde un cuartito en el edificio Magee, de Pittsburgh. El no tiene oficina particular. El cuarto está amueblado con un escritorio de tapa rodante que jamás se cierra, una máquina de escribir, una mesa y varias sillas. Foster recibe alegremente a todo el que llega. Habla sin reservas con sus tenientes en presencia de los repórters, por alguno de los

cuales tiene una alta estimación personal, aunque no oculta su gran desprecio por la prensa como institución. Por el teléfono de larga distancia suele hablar a menudo con sus asociados residentes en Chicago, Youngstown, Johnstown y otros centros de la manufactura del acero, y con sus auxiliares de Washington, y luego, para no dejar dudas en aquellos que oyen la conversación, él les repite lo que su amigo en el otro extremo de la línea le acaba de decir. Foster es un hombre delgado, con unos cinco pies nueve pulgadas de estatura, y es en todo su aspecto físico un típico ferroviario del Oeste. Sus manos muestran lo duro que ha trabajado en su época y ahora debe estar cerca de los 40. Tiene una buena cabeza, orejas pequeñas, ojos claros y penetrantes, la quijada y la barba de un caudillo de hombres, boca pequeña con labios delgados y un modo muy indolente de hacer las cosas. Su sonrisa es muy atractiva, aun cuando al sonreír muestra sólo sus fuertes y regulares dientes superiores. En tales ocasiones sus mejillas se arrugan un poco y se le forma en el extremo de los ojos la clásica pata de gallo, pero él no es muy dado a sonreír. En el curso de un solo día es enorme la cantidad de trabajo que ejecuta. Es un jefe ideal, en cuanto a que generalmente se limita sólo a dirigir, pero tiene a su cargo algunas tareas menores, lo que parece indicar que habido tiempo en que se dió cuenta de que algunas cosas pequeñas no es prudente dejárselas a otros. Por ejemplo, él lleva en persona al Banco todo el dinero que ingresa. Él tiene un sistema de contabilidad que requiere llevar borradores en pequeños pliegos sueltos de papel que va amontonando en el cajón de su escritorio. Cuando se pone a trabajar en esto, suele necesitar dos estenógrafos, pero en medio de esta faena de dictar no es raro que se pare a hablar con los visitantes acerca de la huelga y de lo que él está tratando de hacer.

Fortes no niega que él entró en la «American Federation of Labor» con la intención de difundir sus ideas en el seno de esta Asociación. Pero él alega, y así se ha reconocido, que en todos sus actos y gestiones desde entonces ha observado siempre escrupulosamente el reglamento de la Federación con respecto a organización y administración. Durante el interrogatorio que se le hizo en el Senado, Foster repudió en cierta manera muchas de las doctrinas extremadamente radicales que inflamaban su mente hace algunos años. Con el tiempo se ha vuelto «posiblemente un poco menos impaciente, un poco

menos extremista, posiblemente partidario del sistema de sindicalismo tal como se practica en América y en Inglaterra.» Aunque se educó a sí mismo y se crió «en el arroyo», se dice de él que tiene un gran vocabulario y que posee un asombroso dominio del inglés más claro y correcto cuando quiere. Él dice que es un trabajador ferroviario de oficio y que también ha trabajado en los tranvías y ha organizado sindicatos de conductores tranviarios en el Oeste. A los periodistas les ha sido imposible lograr de él un relato de sus actividades desde que adquirió la convicción de que el único camino para llegar a la meta es el educar a los obreros organizados conservadores hasta hacerles compartir sus ideas, metiéndose dentro de sus asociaciones para desarrollar su propaganda de dentro a fuera. Se sabe, sin embargo, que en 1910 Foster era repórter del «Call», de Seattle, un periódico socialista, y que poco después se identificó con los «Industrial Workers of the World», a nombre de los cuales fué a Europa como su representante autorizado, poco antes de la guerra. En viaje por Francia, Alemania y Austria Hungría, enviaba trabajos al órgano de los I. W. W., «Solidarity». Fué durante un mitin obrero en Budapest que Foster atacó las credenciales de James Duncan, primer vicepresidente de la «American Federation of Labor» y trató de probar que los I. W. W. constituían la principal asociación de obreros de América. A Foster se le dá el crédito de haber introducido la resolución que en la Convención obrera el año pasado en Saint Paul decretó la organización de los obreros del acero. Donde primero se hizo notar fué cuando organizó a los obreros, artesanos y no artesanos, en los depósitos y almacenes de Chicago y la ciudad de Kansas «sin huelgas ni disturbios de ninguna clase.» Terminada esta labor de organización, se celebró un mitin de la «America Federation of Labor» en el que se trató la cuestión de la conveniencia de organizar a los obreros del acero. Samuel Gompers que estaba presente fué nombrado presidente del Comité encargado de esta labor. Otro prominente líder obrero, John F. Fitzpatrick, ya conocido como líder obrero en Chicago, fué designado como vicepresidente, y a Foster, que entonces era muy poco conocido en los círculos de la «American Federation of Labor», se le nombró Secretario y Tesorero. Entonces fué que Mr. Gompers se embarcó para Europa y dejó de tener relación alguna con el movimiento. Fitzpatrick fué nombrado Presidente y Foster continuó en su doble puesto de Secretario y Tesorero, pesando sobre él la mayor parte del trabajo.

“Descubrió entonces que en los hornos de fundición y maquinarias del trust del acero se hallaban ocupados, en varias capacidades independientemente de la manufactura del acero, miles de hombres de varios sindicatos afiliados a la «American Federation of Labor», tales como carpinteros, fogoneros, pintores, electricistas y mecánicos, dedicados a mantener en reparación las plantas y la maquinaria. Estos hombres, con el consentimiento de sus juntas locales en Pittsburgh y otros centros del acero, trabajaban bajo el sistema de «open shops» (taller abierto a todo obrero afiliado o no al sindicato.—N. del T.). La compañía del acero no ha hostilizado abiertamente aún a los obreros organizados, pero no ha reconocido jamás una sola unión obrera. El enérgico organizador no se preocupó de estos hombres sindicados, sino que se fué derecho al bulto y empezó por organizar sólidamente el elemento de trabajadores manuales extranjeros, trabajo en que invirtió cerca de un año. Ellos entraron en la organización porque se les dió a entender que si no se agremiaban sus salarios serían reducidos al declararse la paz y que si se agremiaban contribuirían así a la gran revolución que ha de poner todas las industrias en manos de los obreros. Ellos estaban en aquel momento preparados para esta labor de organización, pues probablemente un sesenta por ciento de ellos tenía en proyecto regresar a sus países respectivos de Europa donde, se les decía, el proletariado estaba en el poder. Pero si el proletariado ha de escalar el poder en los Estados Unidos ¿por qué no quedarse aquí?”

Entretanto, como «The Tribune», de Chicago, afirma, la cuestión principal en el asunto de la huelga del acero ha sido la de quien ha de ejercer el control supremo sobre el trabajo organizado en los Estados Unidos y dictar su programa en el futuro. De la forma en que se decida esta cuestión “puede depender la ulterior cuestión de si la industria en este país ha de permanecer libre, o si ha de caer en manos de dictadores como Foster que tienen muy poco o ningún respeto por la constitución y por cualquiera de los principios mediante los cuales el pueblo americano ha venido hasta hoy progresando y prosperando.”

## Tomas Garrigue Masaryks, presidente de la República de Checoeslovakia

ALBERTO INSUA

(De “La Prensa”, de Lima.)

Thomas Garrigue Masaryk es un crítico, un enciclopedista y un hombre de acción. Al comprobar la popularidad, casi la idolatría de que goza en todo el país checoeslovaco, alguien podría imaginarse que Masaryk es, ante todo, un apasionado nacionalista, un patriota absoluto, un a modo de Deroullé checo, que ha hecho triunfar su programa «chauvinista» y recoge los frutos de la victoria. No es así.

El presidente de la república checoeslovaca es uno de los hombres menos sentimentales del mundo. Eslovaco de Moravia, comenzó siendo aprendiz de herrero, hizo sus estudios en Viena, obtuvo la cátedra de filosofía en la Universidad bilingüe de Praga (1882) y figuró como diputado en el parlamento austriaco. Al estallar la guerra, su nombre brillaba entre los más esclarecidos del pensamiento universal. Racionalista de la escuela inglesa, de la de Hume principalmente, Masaryk posee un hondo sentimiento religioso unido a una necesidad de análisis implaceable. No es un sensitivo, sino un contemplativo. Su patria es el mundo. “Palacky (primera antorcha de la nación checa), Palacky—escribe Masaryk—nos ha probado que la idea checa es una idea universal, una concepción de vida muy elevada; consiste en resolver las relaciones entre los hombres y entre las naciones «sub especie aeternitatis». La nación checa, la nación de los hermanos bohemios, debe aspirar al infinito. He aquí lo que nuestros padres nos han legado.” ¡Sorprendente alianza de positivismo y mesianismo! Partiendo de la realidad, apoyándose en la realidad, Masaryk llega a las cumbres ideológicas más eminentes. No por ser checos, sino por ser hombres, tienen los hijos de Bohemia derecho a la plenitud de la vida espiritual y política; esto es, a la autonomía, a la libertad.

He aquí por qué, apenas consagrado a la vida política, Masaryk renuncia a reformar el partido joven-checo, cuyo ultranacionalismo le parece perjudicial. Enemigo de las vendas, de las hipérbolas de las declaraciones

nes sobre el pasado de Bohemia, Massaryk funda su partido: «el realista».

Ese partido es como una nave que quiere llegar a puerto, no va en línea recta, sino oblicuando o deteniéndose, según le aconsejan las circunstancias. Massaryk, que tiene todo lo grande de un apóstol, carece de cuanto hay de mórbido y de febril en los románticos. En Massaryk todo es ciencia; hasta el amor. Su arma única es la verdad. Ninguna falacia, ningún maquiavelismo en su política. Massaryk ha sido impopular en Bohemia hace unos treinta años. Su nombre equivalía a un insulto. ¿Y sabéis por qué? Porque Massaryk, en posesión de las pruebas aportadas por un grupo de eruditos, demostró el carácter apócrifo de los manuscritos que el poeta Hanka y el novelista Linda «descubrieron» en 1817 y 1818 y en los que el pueblo checo, embriagado de orgullo, encontró una legislación milenaria, un cielo de poemas, un ritual maravilloso... Todo falso. Hanka y Linda habían imitado al «descubridor» de los poemas de Ossian. Los manuscritos checos fueron traducidos a casi todas las lenguas. Goethe y Chateaubriand desfallecían ante ellos de admiración. Hasta 1885 esos manuscritos constituyeron un dogma nacional. Los historiadores y lingüistas checos más prominentes, los Jungmann, los Safaryk, los Palacky tomaron en serio la superchería de Hanka... La campaña contra los manuscritos comienza en 1885. Los «antimanuscritistas»—con Gebauer y Massaryk a la cabeza—corrieron los riesgos de una impopularidad furiosa. Se les llamaba vendidos y traidores. Y eran simplemente unos sabios amigos de la verdad. La razón crítica pudo más que el chauvinismo. Esa «batalla de los manuscritos» contribuyó poderosamente al desenvolvimiento intelectual de Bohemia y dió a los apóstoles de su irredentismo una gran fuerza moral.

Ya va viendo el lector qué clase de hombre es Massaryk. Su vida es una lucha constante por la justicia y la verdad. Pero una lucha hábil, una lucha paciente. En sus libros, en sus revistas, en su cátedra, en el Reichsrat, Massaryk combate siempre por algo humanitario y universal. ¿Quién defiende a los judíos de Bohemia contra acusaciones injustas y criminales? Massaryk. ¿Quién hace suya la causa yugoslava, quién denuncia en el parlamento de Viena, los métodos repugnantes de la dominación magiar en los países serbio-croatas? Massaryk. Sólo con otro hombre de su época puede ser comparado el presidente de la república checoslovaca: con

el Presidente Wilson... En Praga, en todas partes, en las librerías, en los escaparates de los fotógrafos, en los ministerios y en las estaciones se ven juntos los retratos de los dos presidentes. La popularidad de ambos es inseparable. Los checos saben que sin Wilson tal vez seguirían reinando los Hapsburgo. Y también saben que en los primeros meses de 1918, en la casa Blanca de Washington, Wilson y Massaryk se vieron mucho y se entendieron perfectamente. Un capítulo de la biografía de Wilson tendrá que titularse «Massaryk».

Massaryk salió de Praga en los albores de la guerra. Había llegado el momento de la acción definitiva, el «ahora o nunca» que en las grandes crisis internacionales se presenta a todos los pueblos ansiosos de progreso o de redención. Massaryk no podía dudar. Libre de pasión, colocado ante la guerra como ante un problema, hizo su cálculo de probabilidades y dedujo de éste la victoria de la Entente. Massaryk conocía a los rusos, a los alemanes y a los ingleses. Estaba en los secretos de la política centroeuropea. A él no le engañaban los prestidigitadores de la cancillería berlinesa. Sabía que si Alemania no ganaba la guerra en ocho o diez semanas, perdía la guerra. A fines de 1914 Massaryk supo a qué atenerse. Su inmensa cultura, la austeridad de su vida íntima y sus aciertos políticos, le designaban—con Kramarz, Klofac, Bénes, etc.—como una de las fuerzas que iban a suprimir el yugo austriaco.

A pesar de su edad—sesenta y cuatro años en 1914—Massaryk recorría durante la guerra Europa, Asia y América, informando e informándose. Fué un diplomático y un profesor, un confidente y un conferencista. En 1915 estuvo en Suiza, en Italia, donde encontró a sus discípulos Bénes y Stefanik y con quienes trazó las grandes líneas de su programa heroico: la resurrección de Bohemia!

En 1916 y 17 Massaryk estuvo en Rusia y en Siberia. Allí asistió a la caída del zarismo, a las primeras evoluciones del movimiento revolucionario, y mostró a las legiones checoslovacas el camino de Vladivostock. En 1918 residió en América y tuvieron lugar sus entrevistas con el presidente Wilson. Elevado a la dirección suprema del consejo nacional de los países checo-eslovacos, fundado en

París con Bénéš y Štefaník, obtuvo con facilidad la adhesión de todos sus compatriotas residentes en países aliados, unos dos millones. Toda Bohemia—la genuina, la de los checos—estaba con él. Con su palabra y con su pluma, desde la cátedra de Oxford o al través del periódico o del folleto, Massaryk

dirigía desde afuera los destinos de la futura república checoeslovaca, siempre ayudado de Bénéš y Štefaník. Lo demás, no necesita recordarlo. Es el triunfo de los aliados, la disolución del imperio austrohúngaro, el retorno de Massaryk a Praga, la proclamación de la república checoeslovaca...

